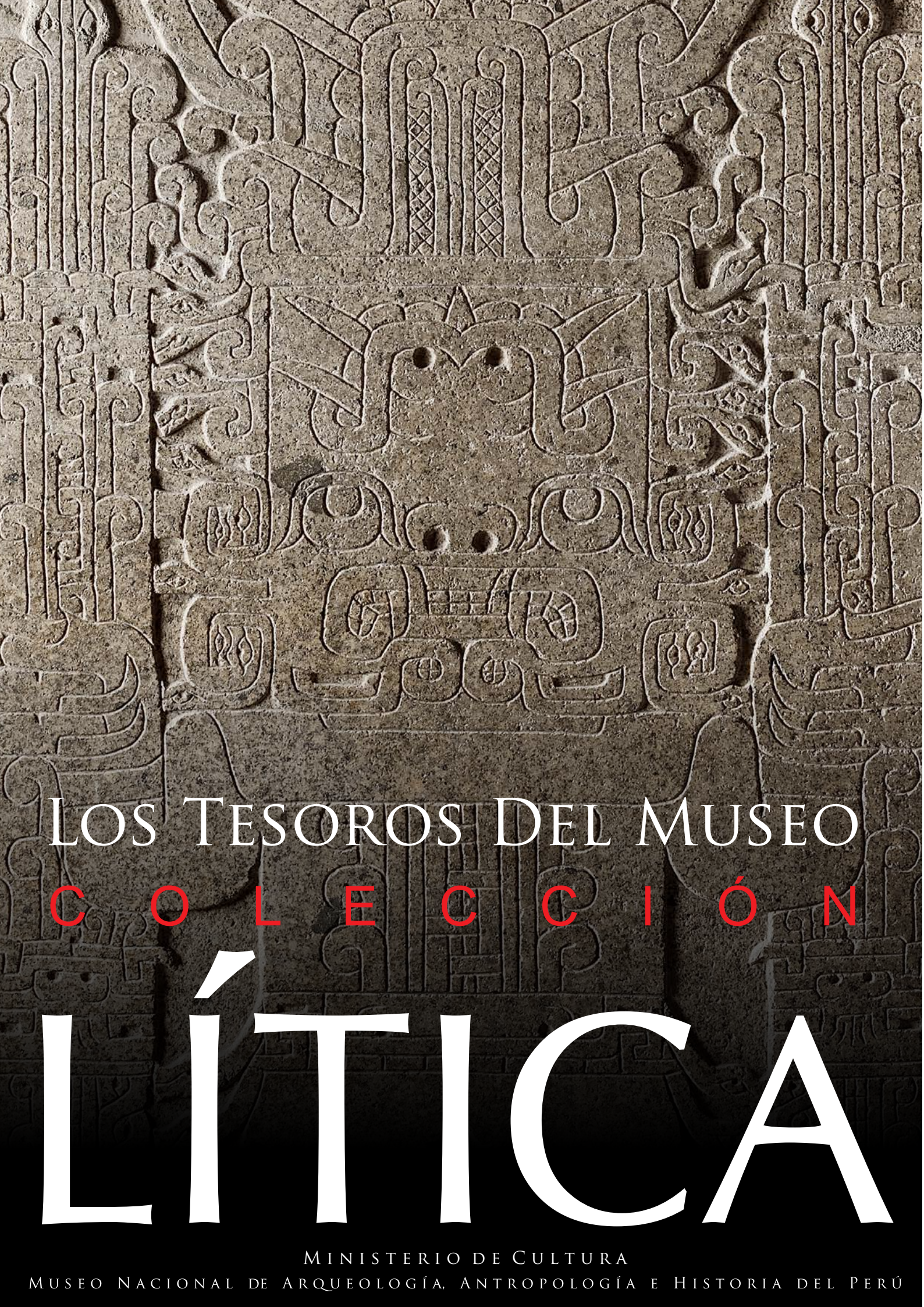




LOS TESOROS DEL MUSEO

C O L E C C I Ó N

LÍTICA

MINISTERIO DE CULTURA

MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DEL PERÚ

LOS
TESOROS
DEL MUSEO

MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA,
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DEL PERÚ

2015

C O L E C C I Ó N

LÍTICA

MINISTERIO DE CULTURA

**MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA,
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DEL PERÚ**

**LOS TESOROS DEL MUSEO
COLECCIÓN LÍTICA**

Ministra de Cultura:	Diana Alvarez-Calderón Gallo
Directora del MNAAHP:	Carmen Teresa Carrasco Cavero
Encargado de Investigaciones:	Ernesto Romero Cahuana
Encargada de Publicaciones:	Constanza Calamera Fernández
Comité Editorial:	Carmen Teresa Carrasco Cavero Jaime Mariazza Foy Ernesto Romero Cahuana Constanza Calamera Fernández
Investigación y textos:	Elmo León Canales Verónica Ortiz Torres
Corrección de estilo:	Constanza Calamera Fernández
Dibujos:	Melo Valencia Alarcón
Fotografía:	María del Rosario Jhong León
Diseño y Diagramación:	Giacomo Capurro Csirke

Primera edición, Lima, octubre 2015

© Ministerio de Cultura
Av. Javier Prado Este 2465, San Borja - Lima 41
www.cultura.gob.pe

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2015-13709
ISBN: 978-612-4126-53-6

Impresión en: Multiservicios Elith S.A.C.
Jr. Napo Nro. 372

Índice

9	Presentación
11	Introducción
13	Historia de la colección
19	Arte y técnicas en piedra en el antiguo Perú
19	Pikimachay, Ayacucho: la piedra tallada como el testigo más remoto de la presencia humana en el Perú (14600 a. C.)
19	La cultura Paiján hace 13000 años: ¿puntas para arponear peces o demostración técnica?
22	Lauricocha (Huánuco): cazadores con puntas de piedra después de la Edad de Hielo (9200-3000 a. C.)
23	Quishqui Punku (Callejón de Huaylas) y su sofisticada técnica laminar (9000-3000 a. C.)
24	Telarmachay: moradores de la fría puna y artesanos líticos (7000-2000 a. C.)
25	Constructores con piedra en el Arcaico: La Galgada, Ancash (2900-2300 a. C.)
25	Los monolitos de Sechín: ¿morgue o guerra sacra? (1900 a. C.)
26	Punkurí: un entierro y los cambios en el templo (2500-1500 a. C.).
27	De dioses monstruosos: el mundo mítico-lítico Chavín (1420-320 a. C.)
28	La estela Raimondi: arte lítico Chavín en su máxima expresión
33	La cultura Pucara y la monumentalidad de la piedra (ca. 1500-400 a. C.)
34	Paracas y el vidrio negro de los dioses (800 a. C.-100 d. C.)
36	Los nasca: herederos del arte lítico de Paracas (ca. 100-640 d. C.)
37	Huayurco: el arte de la piedra en el extremo norte peruano (700 a. C.-500 d. C.)
38	Los Recuay, maestros artesanos de la lapidaria (100 a. C.-700 d. C.)
39	El Imperio huari: el arte de la miniatura lítica y piedras semi-preciosas (620-980 d. C.)
41	Los incas: maestros consumados en el arte lítico (1460-1532 d. C.)
45	La colección lítica del Museo Nacional: el legado más remoto del Perú
47	La colección
124	Relación de piezas según procedencia

Presentación

El Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, ubicado en el distrito de Pueblo Libre, ha sido durante muchos años la principal institución museística del Perú. Muchas figuras representativas de la investigación y los estudios peruanistas han dirigido la institución y también especialistas venidos de diversas partes del mundo han investigado en sus laboratorios y gabinetes.

El MNAAHP ha sido siempre un referente y un símbolo donde todos los peruanos y extranjeros se juntan para estudiar, analizar y explicar histórica y culturalmente la realidad territorial de nuestro Perú.

Por ello, el museo es un lugar de recuerdos, de información escrita, de objetos de arte y de colecciones científicas, de productos culturales de los pueblos del Perú en su historia, que constituyen testimonio de una inmensa tarea realizada y fuente de consulta permanente para nuevas generaciones de estudiosos.

Un museo son sus colecciones, sus tareas de conservación e investigación, sus publicaciones, sus exposiciones y su labor educativa, que debe promover el encuentro con la historia, con los peruanos y su identidad.

Teniendo en cuenta las consideraciones anotadas, el MNAAHP de Pueblo Libre ha programado una serie de publicaciones que ha denominado «Los Tesoros del Museo» porque en ellas brindará información a estudiosos y estudiantes sobre sus principales colecciones y fuentes de consulta, lo que permitirá poner al servicio de la comunidad académica y científica información y materiales para ampliar y profundizar estudios sobre diversos temas de nuestra historia.

Se inicia esta tarea con la publicación del catálogo de Material Lítico que presenta una detallada información técnica sobre las colecciones de material lítico del museo y asimismo se incorpora el contexto histórico del proceso institucional del museo relacionado con las colecciones.

A la comunidad de estudiosos, manifestamos nuestro compromiso de seguir trabajando desde el MNAAHP de Pueblo Libre, el más antiguo pero siempre renovado con nuevas propuestas y nuevos aportes y sobre todo con el gran compromiso de sus trabajadores.

Teresa Carrasco Cavero
Directora

Introducción

La colección de material lítico del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú contiene posiblemente las más importantes piezas líticas arqueológicas del país, permitiéndonos presentar en este catálogo una síntesis de la historia del ser humano en el Perú a través de su trabajo en la piedra. Arranca con las primeras evidencias humanas registradas en los Andes, procedentes de los estratos pleistocénicos de la cueva de Pikimachay (14000 a. C.), y continúa con la colección de puntas Paiján recuperadas por Junius Bird (11000 a. C. en Pampa de los Fósiles), que están a la espera del investigador que determine científicamente su función, así como los diversos tipos de piedra en que fueron elaboradas. De gran importancia es la pequeña pero significativa colección de Chavín, compuesta por la estela Raimondi, una cabeza clava original y nueve réplicas (cuya importancia radica en que las originales se perdieron en el aluvión de 1945 en Chavín), en las cuales se representan los personajes del mundo religioso Chavín. Aún se desconoce la cantera de granito y demás variedades de materias primas en que fueron elaboradas estas piezas. Destacan también los cuchillos y puntas de los costeros paracas, elaborados en obsidiana de la lejana cantera Huanca Sancos, en Ayacucho (según comunicación personal de Nicolás Tripcevich). Con ello se logra apreciar el arte, las técnicas, así como el conocimiento del medio geográfico necesario para elegir las canteras y materias primas idóneas para la obra.

A fin de exponer en este catálogo la selección de piezas líticas más representativas, se ha hecho una búsqueda no sólo de lo más convencional desde el punto de vista de la tecnología, sino también de belleza, pues el arte lítico, que suele estar asociado a eventos rituales prehispánicos, ha destacado en nuestros Andes. De tal forma que el lector podrá apreciar esta tecnología y arte lítico en una secuencia de tiempo desde los albores de las ocupaciones humanas en nuestro país hasta el Imperio inca, donde precisamente el trabajo de la piedra llegó a niveles superlativos.

El catálogo que exponemos aquí, por consiguiente, tiene básicamente dos finalidades. La primera es dar a conocer la maravilla de algunas de las colecciones representativas que el MNAHP alberga en sus ambientes de depósito. Dichas áreas, destinadas a la localización, registro, investigación, conservación y restauración de piezas, han ido mejorando progresivamente en el tiempo, fruto del esfuerzo del personal, con el apoyo de la institución tutelar. Y la segunda,

poner en conocimiento de los lectores la lista completa de las colecciones líticas, esfuerzo que se ha hecho de manera paulatina para la contabilidad, identificación y documentación de nuestro patrimonio lítico disponible en el museo, que alcanza ya casi 22 000 especímenes. Ellos están a la espera de investigación que aporte en la elucidación de su origen, manufactura, uso y significado, que esperamos sea asumida por las jóvenes generaciones peruanas e internacionales.

El catálogo está compuesto por tres secciones. La primera es una breve introducción a la historia del depósito de colecciones líticas. Aquí se expone una breve línea de tiempo del depósito, su historia, sus curadores y las vicisitudes que ha pasado a lo largo de los 40 años de su formación. La segunda es el catálogo en sí mismo, que presenta más de 100 piezas líticas selectas, agrupadas en 16 colecciones, que a su vez se han ordenado en una línea de tiempo, desde la edad de hielo última, hacia el 14000 antes de Cristo, hasta la época del Imperio de los incas y el arribo hispano (1532 d. C.). Las colecciones proceden de nuestra costa, sierra y ceja de selva peruanas, cubriendo así el amplio espectro de nuestras poblaciones prehispánicas que nos han dejado este legado de piedra. Finalmente, la tercera da cuenta de la cantidad de colecciones líticas que el museo alberga. Proceden de unos 260 lugares del Perú prehispánico, un enorme potencial para el estudio y conocimiento de este importante material arqueológico que es testimonio del arte, técnica y necesidades tanto prácticas como rituales a lo largo de unos 14000 años de historia peruana.

Dado que la colección no cubre todos los periodos de tiempo de la arqueología peruana, lo hemos preparado seleccionando piezas significativas de colecciones, siempre en orden cronológico, que muestren no sólo el arte lítico peruano prehispánico, sino además la maravilla de técnicas empleadas por nuestros más remotos ancestros. El lector podrá apreciar el desarrollo cultural a través del lítico en la historia como nunca antes había sido publicado. Pues el Perú precolombino no solo está adornado por mantos textiles milenarios u oro de los incas, sino también por piedras que fueron, literalmente, los testigos más remotos de nuestra historia. Alguna vez dijo Kepler de Copérnico «podemos ver más lejos, pues estamos parados sobre los hombros de los que nos antecedieron» (refiriéndose a la controversia de la rotación de la tierra y traslación del sol), nosotros decimos que los incas pudieron hacer más que sus ancestros, pues la impresionante masividad y arte de sus muros de piedra en Sacsayhuaman le deben sus orígenes a los primeros peruanos, aquellos que llegaron en la Edad de Hielo y tallaban sus piedras.

A continuación invitamos al lector a adentrarse un poco en la historia de la colección, para luego examinar las páginas del catálogo que contienen estas ricas colecciones que integran el patrimonio peruano.

Historia De La Colección Lítica

Las primeras piezas líticas de este museo nos remiten a la formación de las colecciones del Museo Nacional, hacia la década de 1820, que fueron adquiridas por intermedio de coleccionistas, viajeros, exploradores peruanos y extranjeros. No obstante esta antigua colección fue saqueada durante la Guerra con Chile del antiguo repositorio del museo (el Palacio de la Exposición). Por fortuna, José Polo reportó el hallazgo, hacia fines del S. XIX, de una pieza arqueológica emblemática del antiguo museo, la estela Raimondi (Polo 1900).

El 6 de Mayo de 1905 el Museo Nacional fue nuevamente fundado, siendo desde entonces la estela Raimondi considerada como la pieza arqueológica más antigua y fundacional del museo (N°3600 del Inventario del Museo de Historia Nacional 1906-1916). Posteriormente sucedieron varias refundaciones: Museo de la Arqueología Peruana (1924-1930), Museo Nacional (1931-1945), Museo Nacional de Antropología y Arqueología (1945) y finalmente en 1992 adquirió su actual nombre de Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Durante el siglo XX la colección del Museo acopió restos arqueológicos obtenidos de los primeros proyectos de investigación sistemática realizados en el Perú, los cuales fueron dirigidos por investigadores como Max Uhle, Julio C. Tello, Toribio Mejía Xesspe, Junius Bird, Rafael Larco Hoyle, Heinrich Ubbelohde-Doering, Augusto Cardich, Edward Lanning, Thomas Patterson, Frederic Engel, Rosa Fung, Federico Kauffman, Henry Reichlen, Hermilio Rosas, Thomas Lynch, Richard MacNeish, Izumi Shimada, Gary Vescelius, Daniele Lavallée, Richard Burger, Donald Lathrap, Luis Lumbreras, Go Matsumoto, Abelardo Sandoval, entre otros. También se obtuvieron colecciones por compras a coleccionistas privados y a huaqueros o saqueadores de sitios arqueológicos, así como piezas procedentes de donaciones y decomisos.

El primero de octubre de 1973, siendo Luis Lumbreras director de esta institución, dividió las piezas de las colecciones arqueológicas de acuerdo a las materias primas con que estaban elaboradas¹, nombró como conservador² de la colección a Miguel Pazos, y desde entonces progresivamente las piezas líticas conformaron la Colección de Material Lítico.

¹ Según el Oficio N°73-77-MNAA. Emitido por el Director el 29 de Octubre de 1973.

² Según el Oficio N°73-77-MNAA. Emitido por el Director el 29 de Octubre de 1973.

En el año en mención también se modificó el guion museográfico dejado por Julio C. Tello, el cual implicó que el personal del museo se aboque a la reestructuración de la exhibición y no a las colecciones recientemente conformadas (comunicación personal de Manuel Merino).

Diez años después, en 1983, el Sr. Orompelio Vidal, siendo funcionario del Estado, fue nombrado jefe del departamento lítico. Al año siguiente, se realizó un inventario de las piezas de todos los departamentos del museo. La coordinación general de los respectivos inventarios de cada área estuvo a cargo de Enrique Bragayrac; el de lítico fue realizado por Vidal con el apoyo de María Calderón, Miguel Cornejo y Renán Gonzales, lográndose registrar hasta la pieza L-8937 (donde «L» corresponde a la naturaleza de la materia prima y a continuación se consigna el número de la pieza). Posteriormente Vidal continuó el inventario hasta la pieza L-9058 con el apoyo de Iván Amaro, Alipio Córdoba y Francisco Bazán.

La dirección del departamento lítico fue luego, en 1991, asumida por el arqueólogo Francisco Bazán, quien junto a Córdoba, en calidad de asistente, continuó el inventario hasta setiembre de 1993. En octubre de ese año Elmo León reemplazó a Bazán en el cargo de la jefatura del departamento e inauguró una serie de investigaciones bajo la metodología de cadenas operativas a fin de preparar publicaciones científicas. Como parte del trabajo, y con el apoyo del geólogo Carlos Toledo, se logró determinar las composiciones mineralógicas de las piezas procedentes de sitios del Complejo Chivateros, entre otras. Adicionalmente, procedió a reordenar las colecciones por contextos hasta mayo de 1996, año en que tuvo que dejar su cargo por estudios de postgrado externos.

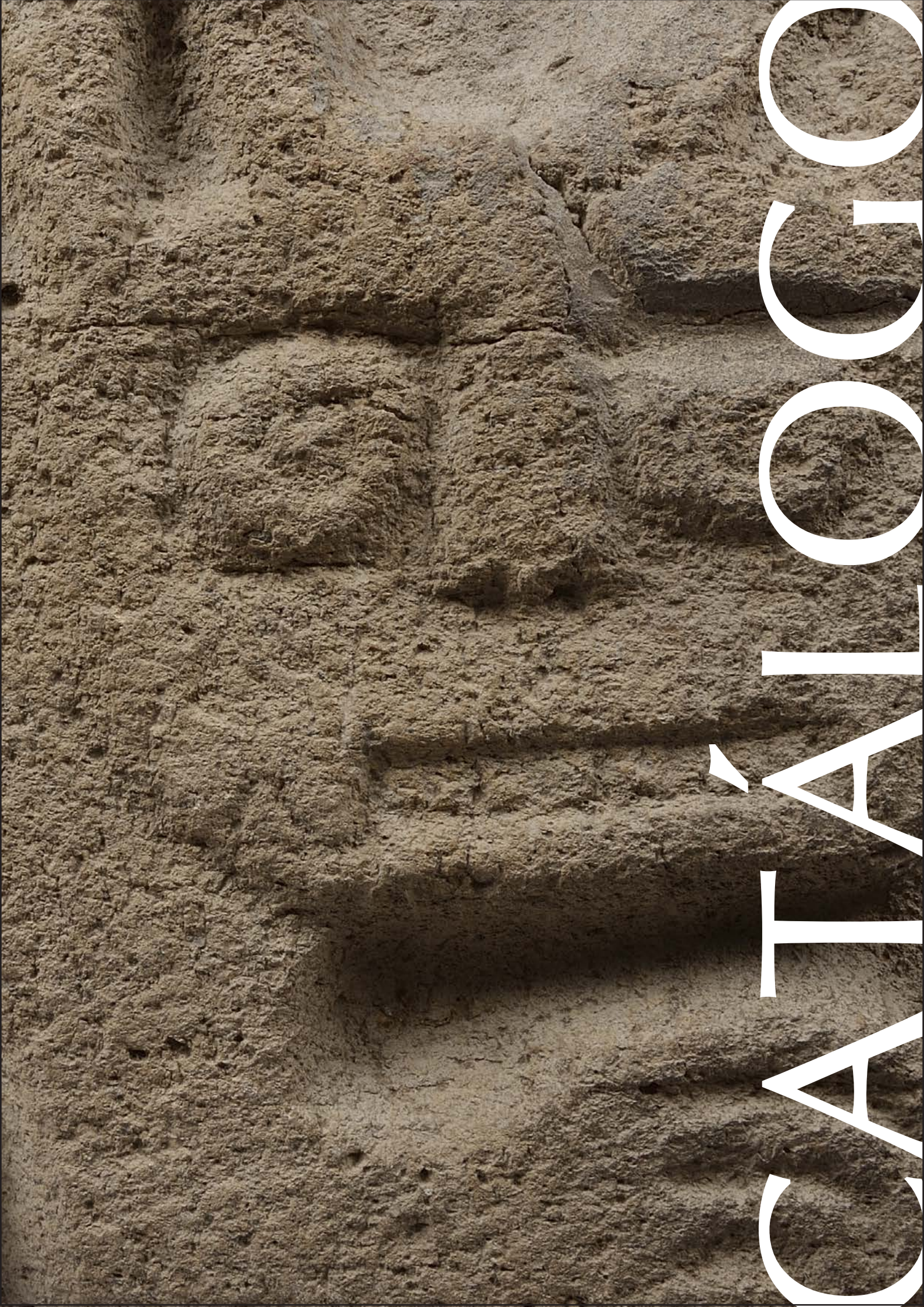
En junio de 1996, Rosemary Zenker asumió la jefatura del departamento hasta 1999, continuando la labor de inventario y de registro petrográfico con Toledo. Adicionalmente, logró editar y publicar los dos primeros números (1997 y 1998) de *Andesita* (el segundo de ellos junto con Luis Salcedo), boletín especializado en el estudio de las piezas líticas, en los cuales se publicaron trabajos de especialistas del museo, como los análisis tecno-tipológicos y petrográficos de las piezas de Chivateros (de la gestión anterior), de piezas Chavín, así como de investigadores invitados. Es importante mencionar que entre los años de 1995 y 1998 la arqueóloga Fanny Montesinos (entonces trabajadora del área de Registro) revisó y corrigió el inventario de la colección, transcribiéndolo por primera vez a un programa informático hasta el espécimen lítico L-13615. Esto constituyó un avance significativo en el registro digital de la colección lítica que fue la base de la actual.

Posteriormente, en el año 2000 Julissa Ugarte asumió la dirección de la colección de material Lítico, quien transcribe nuevamente el inventario a la actual base digital. Además, continuó la labor de inventario en la versión digital hasta la pieza L-20398 y se encargó del traslado físico de la colección a su actual ubicación. Ugarte también inició el trabajo de Registro Nacional Informatizado (RNI) de las piezas, entre el año 2007 y enero de 2010. En el ínterin y por algunos meses, la colección estuvo a cargo de diferentes jefes como Elba Manrique, Juan Peralta, Patricia Maita, entre otros.

Finalmente, desde octubre de ese mismo año y hasta la actualidad, Verónica Ortiz asumió la encargatura de la colección lítica, continuando con la labor de inventario (actualmente hasta la pieza L-22276), el Registro Nacional Informatizado y la verificación física total del inventario (con el apoyo de Víctor

Farfán y Pamela Ocampo). Además, ha trabajado en la contextualización e investigación de Quishqui Punku y otros sitios (información inédita) excavados por Thomas Lynch en los años sesenta. Además se viene ocupando de la investigación desde un punto de vista interdisciplinario de la importante serie lítica de la cueva de Pikimachay. Para ello se hacen análisis tecno-tipológicos, apoyados por los mineralógicos del geólogo Carlos Toledo, que van a ser objeto de una publicación científica, exhibición y congreso de arqueología peruana.





CO
CO
TA
CA



Arte Y Técnicas En Piedra En El Antiguo Perú

Pikimachay, Ayacucho: la piedra tallada como el testigo más remoto de la presencia humana en el Perú (14600 a. C.)

Una parte de la colección más remota que preserva el museo es la que procede de la cueva de Pikimachay, en Ayacucho. Pikimachay ('cueva de la pulga') es el lugar donde se ha descubierto la evidencia más antigua de ocupación humana en el Perú. La cueva fue excavada por Richard MacNeish y su equipo (MacNeish et al. 1980), quienes descubrieron una serie de herramientas de piedra, con fechados que promedian 14600 años a. C., uno de los más remotos de América. Se han descubierto asociaciones de huesos de fauna extinta con estos utensilios de piedra, de modo que se ha inferido que han sido usados en diversas faenas domésticas. La calidad de rocas usadas para la manufactura de los utensilios líticos, el tipo de tecnología y su variedad, que indica que proceden de fuera de la cueva, son evidencia de la manufactura humana.

En esta muestra se exhiben cuatro ejemplares que delatan la intención de los artesanos líticos de remover lascas para usarlas directamente, o eventualmente retocarlas, posiblemente con la finalidad de algún uso. En términos generales, se trata de rocas volcánicas, principalmente dacitas

hechas de guijarros y tufos volcánicos, seleccionados probablemente de las inmediaciones de la cueva, que podrían haber sido talladas o usadas *in situ*. Es también interesante destacar que las lascas usadas son en realidad desechos de talla de bifaces (talladas en las dos caras o superficies), relativamente grandes, lo que implica que esta gente conocía el trabajo de reducción bifacial.

Se han seleccionado una lasca de guijarro (aparentemente en una especie de tufo volcánico) que ha sido tallada en sus bordes o usada (L-7301), una lasca de material cuarzo-lechoso probablemente procedente de la reducción de un bifaz (L-7302), una lasca grande retocada en su extremo distal, probablemente usada (L-6990) y una lasca posiblemente de calcedonia y procedente de la reducción de un bifaz con probables huellas de uso en su extremo distal (L-7299).

La cultura Paiján hace 13000 años: ¿puntas para arponear peces o demostración técnica?

Otra de las tecnologías líticas más remotas no solo del Perú prehispánico, sino también de América es la del conocido Complejo Paiján, que data en el tiempo entre aproximadamente 11200 y 7000 a. C. Se trata de un grupo poblacional que vivió entre las actuales regiones de Lambayeque e Ica,

cubriendo un total de aproximadamente 800 km a lo largo de la costa peruana (Chauchat 1992).

Hoy en día se sabe que estos tempranos habitantes, al parecer, se dividieron en dos grupos sobre la cuenca del río Jequetepeque: uno septentrional y otro meridional (Dillehay 2011).

Las investigaciones han demostrado que mientras que los más norteños muy precozmente se aventuraron a domesticar plantas y construir chozas de planta cuadrangular que sugieren complejidad, los del sur fueron más bien nómades, desplazándose más frecuentemente en búsqueda de recursos estacionales. Se alimentaron principalmente de plantas como las calabazas, pero además de una significativa proporción de alimentos marinos, sobre todo peces, lagartijas (como el cañán) y moluscos (como *Scutalus*).

Los habitantes del Complejo Paiján desarrollaron una tecnología lítica que fue en cierta forma sofisticada para la elaboración de herramientas llamadas bifaciales pero, a la vez, extremadamente prácticos para la manufactura de utensilios sencillos, y en algunos casos unifaciales (tallados por una sola cara). Claude Chauchat, Jacques Pelegrin y luego otros colegas de la Universidad de Trujillo, y más recientemente Tom Dillehay y su equipo, han sido quienes más han investigado al respecto. Gracias a sus trabajos, hoy sabemos que la confección de una sola punta de tipo Paiján demandó aproximadamente siete horas, siendo la parte más difícil la del retoque, pues muchas puntas se fracturan en esta fase. El amplio éxito, resultado de la pericia de los talladores paiján, se demuestra cuando se observa la masiva cantidad de talla bifacial que se evidencia de este tipo de piezas.

Los talladores se acercaban a los afloramientos de rocas de buena calidad en las inmediaciones de sus campamentos. Para la remoción de las rocas a ser talladas, a veces usaron una suerte de discos a modo de cinceles. Una vez que las rocas eran removidas de sus afloramientos, eran fracturadas *in situ* y probadas para evaluar su calidad de talla, antes de embarcarlas en el proyecto de manufactura lítica. Esta parte de la secuencia de talla, que es realizada en la cantera, está bien representada en la colección de cerro Chivateros (Lima), que puede considerarse como parte del Complejo Paiján. Es la cantera de la talla de puntas tipo Paiján en su primera fase de reducción. Se localiza inmediatamente al norte del valle del Chillón, a tan sólo unos dos kilómetros de su desembocadura, al norte de Lima. Su fechado puede promediar entre los 7000 y 6000 a. C.

La pieza L-7307 es un esbozo de talla, vale decir una roca seleccionada y luego tallada inicialmente por medio de unos pocos golpes. Un error, al dejar despejada una parte saliente que se constituyó de difícil reducción, fue el motivo por el cual se descartó. Una fase siguiente está representada por la pieza L-2445, que es un bifaz tipo Chivateros regularizado, es decir, una pieza que fue más intensivamente tallada en función de darle no sólo la forma ovalada, sino también biconvexa cuando se mira de perfil, que era precisamente lo que el artesano deseaba en el proceso de talla. La pieza fue descartada probablemente por su pequeñez o la irregularidad en su diseño. La última fase en cantera, que corresponde a la formación de una forma de pre-punta de tipo Paiján, está representada en la pieza L-8602. Sin duda está mucho más regularizada que las anteriores, e incluso parece haber

sido reducida no sólo por percusión dura, sino también blanda, ya sea con un percutor duro-blando como una arenisca o un bastón de material orgánico duro. La pieza muestra una forma alargada, ovalada-triangular, donde bien puede enmarcarse la talla de la punta de tipo Paiján. Hay además evidencia de reducción basal que recuerda a la formación del pedúnculo característico de este tipo de punta.

La colección de cerro Chivateros también contiene los desechos de talla que han resultado de este trabajo. Presentamos en este catálogo tres lascas que representan esta actividad. L-18676 es una lasca secundaria típica de reducción bifacial de preformas. Esta lasca presenta un reflejo que es un accidente de talla en su desprendimiento. L-18833 es también una lasca secundaria similar a la anterior que ha resultado del mismo procedimiento de reducción bifacial de preformas de tipo Chivateros. Finalmente, L-18658 es una lasca ligeramente más larga que las demás que podría haber sido removida de la parte basal de una preforma, todo típico del trabajo lítico en canteras. Hay además un percutor de un material basal (L-8723). Hay que mencionar que todo este material es de origen metamórfico y presenta una serie de fallas como diaclasas y domos cálcicos cristalizados.

La secuencia de reducción de puntas tipo Paiján proseguía en los talleres de puntas de este tipo. En dichos talleres las preformas de puntas (también llamadas piezas foliáceas por su similitud con las hojas de árboles) eran talladas más cuidadosamente, sobre todo usando percutores «blandos», que según Claude Chauchat pueden haber sido hechos de madera dura (como por ejemplo de algarrobo).

El objetivo era terminar con las pre-puntas de tipo Paiján (i. e. piezas en proceso de manufactura). Dichas piezas eran ovaladas, alargadas e incluso mostraban ya algunas características de la punta Paiján, como las muescas en la base, posteriores formas para el establecimiento del pedúnculo (Pelegrin y Chauchat 1993).

En el MNAHP se cuenta con algunas piezas foliáceas procedentes de Pampa de los Fósiles (La Libertad) como es el caso de L-8737 y L-8617, la primera en forma de hoja con base convexa, mientras que la segunda muestra dos extremos agudos en forma apical, que en realidad parece ser un estadio más avanzado aún de la formación de la base reducida. Ambas piezas son de riolita rosada, material muy frecuentemente usado en la elaboración de puntas de tipo Paiján en Pampa de los Fósiles-Cupisnique, en nuestra costa norte.

El trabajo era finalizado por medio de presión usando una especie de compresor o bastoncillo de hueso o cornamenta de cérvido con el que se daba forma a toda la silueta de la punta, en un trabajo singular si lo comparamos con otras áreas americanas. Se dice por ello que los paiján eran los primeros especialistas en la talla lítica de los Andes centrales. La punta terminada medía entre 12 y 16 cm de longitud, aunque en algunos casos podía ser mucho más larga, pero lo que llama más la atención es el cuidado que se ha dado en la parte apical, pues se ha logrado hacer un extremo muy angosto, que parece imposible que no se haya roto antes de finalizar la talla, toda una verdadera destreza de los paijanenses. Se conoce que la roca seleccionada para efectuar estos trabajos líticos era principalmente la riolita, generalmente local, de modo que no se desplazaron

grandes distancias para adquirirlas. Lo más enigmático es el uso que se les dio, pues mientras que algunos investigadores afirman que las puntas sirvieron para alancear peces grandes, como bonitos o lornas, en las orillas marinas para luego ser comidos, otros piensan que el extremo apical tan agudo de este tipo de piezas no podía penetrar las escamas de la piel de estos peces, lo que los lleva a pensar que dichas puntas de Paiján fueron más bien rituales, o sencillamente una demostración de la destreza de los artesanos paiján. Nosotros pensamos que en ningún caso se puede generalizar, pues se trata de sociedades que eran básicamente dependientes del medio natural que les rodeaba.

La colección del MNAHP presenta en este catálogo dos ejemplares. Una es la L-1418, una punta típica Paiján probablemente de andesita verdosa, cubierta por una pátina resultado de su larga exposición al meteorismo del desierto. A pesar de que está fracturada en su ápice, se puede observar la convexidad de sus bordes, su silueta alargada y el notorio pedúnculo. La otra pieza, L-8616, es más ancha y está elaborada en cuarzo, que no es un material típico en este tipo de piezas, por ser difícil para la talla. No obstante, llama la atención por la pericia del artesano en haber logrado una forma muy homogénea: aun cuando se ha fragmentado parte del pedúnculo, la parte apical parece estar incólume.

Lauricocha (Huánuco): cazadores con puntas de piedra después de la Edad de Hielo (9200-3000 a. C.)

Uno de los yacimientos arqueológicos más trascendentales en la historia de la investigación

arqueológica es el de Lauricocha, en Huánuco, a unos 3650 metros sobre el nivel del mar. Las investigaciones de Augusto Cardich a fines de la década del 50 del siglo pasado inauguraron, como bien dice Daniele Lavallée, un nuevo periodo, aún poco conocido en la historia americana, pues revelaron por medio del radiocarbono que hubo grupos humanos en nuestros Andes peruanos que habían estado presentes hace casi ocho milenios. De hecho, el estrato basal de Lauricocha dio como resultado aproximadamente 9000-8600 a. C.

Es posible que estos grupos hayan sido primordialmente cazadores y recolectores, aunque Cardich ha pensado que se movilizaban poco, debido a la riqueza casi permanente de recursos en las inmediaciones de la laguna de Lauricocha, donde ciervos y otro tipo de fauna acudían para abreviar y alimentarse. La densidad de los restos hallados en las excavaciones sirve de base a estas afirmaciones (Cardich 1964).

De Lauricocha es también conocida la evidencia de tumbas que datan del Holoceno y hasta el día de hoy son virtualmente la fuente de datos más importante de restos humanos del Perú de esa época. Allí se ha descubierto que nuestros ancestros medían en promedio 165 cm de altura, que eran de huesos densos, no gráciles, y que además practicaban deformación craneana.

Los utensilios de piedra son característicos del área andina de gran altura. La colección de Lauricocha que posee el MNAHP la hemos representado en este catálogo por medio de siete piezas selectas que muestran la diversidad lítica en esa zona de nuestros Andes.

Las piezas L-8666, L-8654 y L-21456 son raederas y raspadores

que denotan algunas de las actividades llevadas a cabo en Lauricocha desde inicios del Holoceno, en especial el tratamiento de cueros y probablemente algún tipo de corte o trabajo sobre algún material orgánico, tal vez huesos de cérvidos y camélidos que eran cazados en el área. Hay que recordar en este sentido que las actividades vinculadas al cuero eran importantes, en vista de las duras condiciones climáticas en la zona. Es posible que los artesanos hayan usado material de las canteras inmediatas, donde obtenían lascas para luego convertirlas en utensilios líticos.

El ejemplar L-8657 parece tratarse de una pieza que originalmente fue usada como punta de proyectil, pero luego fue transformada en una especie de perforador. Es interesante la forma de ahorro en materia prima, pues el artesano pocas veces desperdiciaba trabajo en ese tiempo, por lo que el reúso o modificaciones no eran raros.

Finalmente las puntas bifaciales catalogadas como L-8726, L-8643 y L-8647 son típicas del área andina en general. Ellas son las que han sido denominadas como tipos foliáceos por los arqueólogos, pues recuerdan a las hojas botánicas. La última de las piezas, con base cóncava, es típica del sur andino, de modo que algunos investigadores la han asociado a la caza de guanacos.

Quishqui Punku (Callejón de Huaylas) y su sofisticada técnica laminar (9000-3000 a. C.)

Quishqui Punku es un yacimiento temprano de los Andes peruanos, en la región del Callejón de Huaylas, a unos 3040 msnm. A pesar de no contar con fechados radiocarbónicos, se puede asumir que

fue habitado aproximadamente entre el Holoceno Temprano y el Tardío. Se localiza entre la Cordillera Blanca y la Negra, y no dista mucho del famoso nevado Huascarán (Lynch 1971).

Muy poco se sabe de este interesante yacimiento, aunque por su localización uno puede especular que se trató de un lugar donde pudieron haberse llevado a cabo cultivos incipientes, caza de algunos mamíferos y evidentemente manufactura de herramientas de piedra. Seguramente su emplazamiento a la vera del río les proveyó de agua, pero además de una zona propicia para la caza de animales, cuando estos iban a abrevar.

Los materiales líticos de Quishqui Punku que presentamos en este catálogo corresponden, probablemente, a diversas épocas de ocupación del sitio. Por ejemplo, L-12714 es una punta de pizarra (o arenisca), lanceolada, de sección hexagonal y color acerado, muy similar a las que ocurren en otras partes del Callejón de Huaylas, como Chavín de Huántar. Una pieza importante es la L-12729, sin duda un fragmento de base de una punta de tipo «cola de pescado» posiblemente de cuarzo y fechable hacia inicios del Holoceno, lo que habla de la profunda antigüedad de los grupos humanos que poblaron el Callejón de Huaylas.

Otra pieza (L-12219), probablemente más remota, es una de forma rectangular con un retoque mínimo pero cuya importancia radica en que ha sido elaborada a partir de una pieza laminar, tecnología poco conocida en nuestros Andes, muy probablemente contemporánea con la que acabamos de referir («cola de pescado»). Luego, las piezas L-12210, L-12136 y L-11847 representan las típicas puntas foliáceas andinas, muy

probablemente usadas para la caza de cérvidos o camélidos. Por su parte, las laminillas L-13299 y L-12934 demuestran nuevamente la reducción de núcleos pequeños laminares, poco conocidos en nuestros Andes, que en algunos casos han sido usados para fabricar raspadores como en la pieza L-12185, posiblemente para el tratamiento y manufactura de cueros.

Telarmachay: moradores de la fría puna y artesanos líticos (7000-2000 a. C.)

El abrigo de Telarmachay se localiza en las inmediaciones de San Pedro de Cajas, a unos 24 km al sureste del lago Junín y a 4420 msnm. Las evidencias indican que el abrigo ha sido ocupado por pobladores de la puna de Junín de manera interrumpida, de modo que al parecer se trataba de una estación usada por gente errante. Por otro lado, es importante mencionar que a pesar de esta poca permanencia, se ha logrado demostrar que aquí se llevó a cabo uno de los experimentos más importantes del medio andino, a saber, la domesticación de camélidos, y, como lo sugieren algunos expertos, de algunas plantas de altura.

Daniele Lavallée (1985) y otros han puesto al descubierto una serie de actividades llevadas a cabo dentro y fuera del abrigo, de modo tal que podemos saber que allí se preparaban fogatas, se cocinaba comida, especialmente carne de camélidos, venados, y seguramente plantas recolectadas de la puna. También se sabe que acomodaron sus moradas por medio de la instalación de tiendas de cueros, preparaban la piel de camélidos a gran escala, pernoctaban en la parte interna, e incluso enterraban a sus muertos con parafernalia donde se incluían cuentas de conchas y piedras, y el conocido ocre o hematita.

Un estudio excepcional ha sido realizado a partir de los líticos, de modo que la autora y su equipo han logrado reconstruir gran parte de la secuencia de talla de estos implementos, desde la adquisición de las rocas, que generalmente se encontraban en las inmediaciones del abrigo, hasta su uso y desecho. Algunas de las piezas se exponen en este catálogo.

los especímenes L-15643, L-16050, L-16701, L-15695, L-17000, L-16041, L-18524, L-15825, L-15573 representan una serie de variantes de puntas foliáceas y pre-puntas (piezas en proceso de terminación), generalmente elaboradas en basalto, que corresponden probablemente a cacerías de camélidos en las fases del Precerámico Tardío del abrigo rocoso. Otro conjunto interesante de piezas (L-16552, L-14809, L-14820) nos muestra claramente el dominio, discreto pero claro, de la llamada tecnología bifacial, poco conocida en nuestros Andes centrales, pero importante, al tratarse de una forma compleja de elaborar piezas y utensilios mediante una serie de procedimientos de preparación de los núcleos.

Hay además piezas que parecen ser modalidades de puntas (L-16697) que recuerdan a las bipuntas, categoría que suele aparecer en épocas no muy remotas en los Andes centrales. En este caso, parece haberse elegido cuarzo lechoso.

Parte de la manufactura puede evidenciarse a partir de percutores de guijarro, como la pieza L-16864, que presenta huellas de uso en una sola parte. Este utensilio fue usado como una suerte de martillo para la talla de instrumentos líticos.

Y finalmente, si bien pocas veces se muestran los desechos de talla de algún yacimiento precerámico, hemos considerado consignar aquí un par: uno

es un núcleo, es decir, bloque de piedra desde donde se han obtenido las lascas que luego han servido para tallar los utensilios (la pieza L-16860.1), hecho de basalto reducido ortogonalmente, lo que demuestra la intención de máximo aprovechamiento de la materia prima. El otro es un desecho de talla (L-16860.2). Ambos son testimonio irrefutable de que en el abrigo de Telarmachay se llevó a cabo la talla lítica, entre otras actividades domésticas.

Constructores con piedra en el Arcaico: La Galgada, Ancash (2900-2300 a. C.)

Este sitio es considerado por los arqueólogos como muestra fehaciente de los orígenes de la complejidad andina, hacia el 2900 a. C. Se localiza a unos 1150 msnm, en la provincia de Pallasca (Ancash), y sobre la margen izquierda del río Tablachaca, cuyas aguas fluyen hacia el río Santa.

En esta zona, Alberto Bueno y Terence Grieder (Grieder et al. 1988) descubrieron una serie de templos superpuestos contruidos usando piedra canteada y mortero de barro, que contenían varios recintos, generalmente enlucidos de blanco, con uso de palos de maguey y algarrobo en algunas partes de la construcción. Dichos ambientes presentaban plantas circulares y rectangulares, con hornacinas y pozos centrales con ductos de ventilación, sin duda parte de la red de sitios que conforman la tradición de los llamados «templos con patios hundidos y pozos», como los de Huaricoto, Kotosh y Piruro.

Las excavaciones han expuesto que los habitantes de estos yacimientos lograron un buen manejo de la agricultura en una época relativamente temprana. Por ejemplo, aquí se ha

hallado la evidencia más remota de consumo de achira (2700 a. C.). Poco después también se consumió pallar, maní, frejol, paca, ají, calabaza y palta, entre otras plantas.

Algunos pisos fueron excavados posteriormente para transformarlos en tumbas humanas que contenían gran cantidad de ofrendas asociadas, colocadas en el momento del ritual funerario, entre las que se pueden mencionar textiles de algodón, fibras vegetales, huesos, conchas de *Spondyllus* (mullu) y líticos.

La colección del museo cuenta con dos piezas que hemos seleccionado para este catálogo. La primera es un pequeño vaso de piedra (L-19748), que procede de una estructura fechada hacia el 2300 a. C. La pieza está hecha posiblemente de roca volcánica basal y local. Presenta diseños escalonados en bajo relieve, que recuerdan la iconografía del Arcaico Tardío (ca. 3000-2000 a. C.) de esta zona. La segunda es un pequeño mortero de roca metamórfica verde (¿andesita?) con su respectiva mano (L-19749 y L-19750); fue hallada en un contexto funerario, asociada a tres tumbas de mujeres ataviadas con esteras de mimbre, textiles y conchas. Frente a este contexto, y en vista de lo diminuto de esta pieza, uno podría especular sobre la función del mortero, como proveer algún producto de molienda a estas personas, desde algún mineral procesado para esta parafernalia, hasta consumo de alguna planta (tal vez psicoactiva).

Los monolitos de Sechín: ¿morgue o guerra sacra? (1900 a. C.)

Cerro Sechín es un yacimiento emblemático para el Museo Nacional, precisamente porque Julio Tello inició

sus trabajos en esa zona hacia 1937. Se trata de una serie de construcciones que tienen origen, de acuerdo a las últimas investigaciones de Michael Fuchs y otros (2009), por lo menos hacia el 2200 a. C., algunas de las cuales pueden remontarse al quinto milenio antes de Cristo.

Sechín Bajo se localiza en la parte baja del río del mismo nombre, en la provincia de Casma. Allí Tello, en compañía de Donald Collier y Toribio Mejía Xesspe (su eterno asistente), excava el yacimiento y se percató de los patrones arquitectónicos típicos del periodo Arcaico Final: edificios de barro con escalinatas. Mientras que la parte central era más antigua y estaba construida por medio de adobes de barro, la parte externa estaba enlucida por una gran cantidad de lápidas líticas que dieron fama al sitio (Tello 1956).

Es precisamente este el atractivo, pues Tello descubrió 98 monolitos de piedra grabados, que clasificó en mayores y menores. Las estelas se hallaron en lo que parece haberse tratado de un orden lineal, que da la impresión de una procesión de señores guerreros con cetros y restos de capturados mutilados. Y en efecto, Tello los describe como representaciones de seres humanos y partes de sus cuerpos, sobre todo sus órganos y huesos. Además se observan vestimentas, tocados, armas, rostros, etc. Mientras que los personajes ataviados conformaban los monolitos mayores, Tello consideraba como «menores» los que representaban a desmembrados, heridos, partes de cuerpos mutiladas (brazos, piernas, orejas, cabezas, etc.). Hay una serie de hipótesis sobre el uso de Cerro Sechín que sostienen que las imágenes grabadas indican conflicto y sacrificio de guerreros, mutilaciones rituales, e

incluso escenas bélicas en un plano sobrenatural. Lo cierto es que recientes investigaciones muestran que se trató de un lugar de culto, lo que es señalado por la presencia de ofrendas de peces e incluso restos de plantas psicoactivas al menos desde el 2200 a. C.

En este catálogo presentamos tres piezas. La primera (L-8832) es un monolito de Cerro Sechín que representa un personaje de medio cuerpo superior con ojos cerrados, en granito. La segunda (L-8747) es otro monolito que contiene una representación de intestinos humanos. Finalmente presentamos otro monolito (L-8746) que muestra una representación de la mitad inferior de un cuerpo humano con piernas entrecruzadas y exhibiendo los intestinos. Las tres piezas se hallarían entonces en un contexto de interpretación ritual y estarían vinculadas a los prisioneros. Y es que Cerro Sechín es un capítulo de la historia peruana que debe ser aún más explorado.

Punkurí: un entierro y los cambios en el templo (2500-1500 a. C.).

Punkurí es uno de los sitios importantes investigados por Julio Tello durante sus exploraciones al valle de Nepeña en 1933 (Ancash). En la excavación, el científico registró, en el relleno constructivo del monumento, un entierro humano probablemente femenino, asociado al patrón de construcción andino, en el cual se cubría y sellaba un centro monumental, a fin de levantar un nuevo monumento sobre el anterior. Entre los artefactos que acompañaron al cuerpo, tenemos un mortero cilíndrico (L-22274) de diorita, en cuya superficie externa se observan en alto relieve figuras escalonadas y geométricas. En la mano de moler del mortero (L-22275) se

representaron figuras esquematizadas y representativas del segundo milenio antes de Cristo. Entre otros elementos asociados a este evento se hallaron cuentas manufacturadas en piedras semi preciosas, un pututo o instrumento musical elaborado en una concha de *Strombus galeatus*, caracoles marinos y fragmentos de dientes aserrados, posiblemente de tiburón. Una pieza aislada al entierro pero significativa de esta exploración es el fragmento de otra mano de mortero (L-22276), en la que también se representaron figuras geométricas esquematizadas.

De dioses monstruosos: el mundo mítico-lítico Chavín (1420-320 a. C.)

El centro monumental de Chavín de Huántar (1200-500 a. C.) se localiza en el valle del Mosna, sobre unos 3200 metros sobre el nivel del mar, y es considerado por los expertos como el centro de peregrinaje y culto, y punto de encuentro de una serie de tradiciones pan-andinas y de floresta tropical amazónica vinculadas al culto, durante la época llamada Formativo (1200-300 a. C.). Obsidianas, conchas marinas y cerámica foránea dan cuenta de la presencia de peregrinos o de un intenso intercambio en la época (Burger 2008).

Las evidencias indican que fue construido en tres fases y que fue concurrido por varias poblaciones desde diversas regiones andinas y probablemente amazónicas. Es una muestra del alto desarrollo constructivo lítico que alcanzaron. Una sucesión de plataformas truncas, plazas cuadrangulares y circulares conforman el complejo de edificios. Cerámica, moluscos, huesos de camélidos, entre otras ofrendas, son hallazgos frecuentes. En sus inmediaciones, además,

se han descubierto aldeas y áreas domésticas donde se habrían asentado las poblaciones que probablemente sirvieron al templo. Este último, en su parte interna, consiste en una serie de recintos y galerías que no hacen más que mostrar su carácter sacro. Más impresionante aún es el sistema de drenaje subterráneo, del cual se ha especulado que pudo haber sido parte de los efectos del drama de los ritos llevados a cabo en dicho oráculo de peregrinos.

Parte de esta tradición arquitectónica incluye la iconografía tan rica y variada que caracteriza al sitio y que ha sido relacionada al primer Horizonte estilístico pan-andino durante el primer milenio antes de nuestra Era y por tanto a la difusión de la ideología Chavín. Dicha iconografía se compone fundamentalmente de representaciones de animales como el jaguar, la serpiente, el águila, a más de una serie de personajes de forma humana que suelen mostrarse con atributos de dichos animales.

El impacto de dichas imágenes pudo haber sido atemorizante, en medio de un sistema de culto, seguramente compuesto por chamanes y personas que acudían al centro monumental, muy probablemente con función de oráculo. Se sabe además que dichos sacerdotes consumían sustancias psicoactivas que tenían efectos teatrales, importantes dentro de este tipo de creencias. También, que dicho culto Chavín aparentemente se extendió por los confines del territorio centro andino, plasmando elementos de la iconografía aludida. Como ejemplo de ello mostramos la pieza L-13640, un pequeño vaso que procede de Ancón con la representación de un animal con fauces, típico de Chavín. Y de otro contexto cultural

contemporáneo a Chavín, llamado Cupisnique, presentamos un mortero pequeño (L-23639) con iconografía «dragoniana» que recuerda a Chavín.

Ahora bien, en el arte lítico del mismo centro de Chavín de Huántar hay sin duda una serie de piezas que merecen un apartado especial. El llamado «lanzón monolítico» es una escultura de granito de unos 4 metros de altura, supuestamente perteneciente al Templo Viejo de Chavín de Huántar. Algunos especulan sobre la posibilidad de que fuera una escultura de una deidad a la cual se destinaban sacrificios.

Externamente el templo estaba provisto de una serie de esculturas en forma de cabezas que por sus adhesiones a las paredes del templo se las denominó como clavas. El catálogo presenta dos tipos de piezas: una selección de cabezas clavas y la famosa estela Raimondi, el núcleo de este catálogo, por tratarse de una pieza tan excepcional y patrimonio de la nación peruana.

Veamos en primer lugar las cabezas clavas. Son variadas, y los expertos piensan que representan a los sacerdotes o lo que ellos suponen era visualizado cuando, bajo los efectos de los productos alucinógenos, se transformaban en jaguares y águilas. Una pieza es original. Se trata de la L-8929, hallada en 1940 (Tello 1960: 256-257), una cabeza clava redondeada con prominentes labios, cuyas comisuras apuntan hacia arriba y tiene largos colmillos que lo hacen hacia abajo. Está hecha de roca cuarcita que incluso presenta exfoliaciones. Se supone representa un ser monstruoso en un contexto de mimetización con aves.

Ahora bien, debido a la inexistencia de los originales (a causa de que fueron irremediablemente perdidos durante el aluvión de 1945)

hemos considerado pertinente presentar cuatro réplicas. Pocas tienen fauces, más bien labios prominentes que dan la impresión de sonrisas, probablemente por efecto de los alucinógenos. La pieza RL-001 (Tello 1960: figura 72), posiblemente de arenisca o alguna otra roca metamórfica, muestra un aspecto cadavérico, un moño de cabello y una serie de espinas o suturas sobre la boca, lo que permite especular que se trate de la cabeza de algún capturado o victimado.

Otra réplica de cabeza clava es la RL-002 (Tello 1960: figura 95) que destaca por ser la más grande de Chavín. Ha sido confeccionada de arenisca y representa una especie de ser monstruoso o animal fantástico que tiene de manera extremadamente notoria dos grandes volutas que nacen de los orificios nasales. Luego, la réplica de la cabeza clava RL-004 (Tello 1960: figura 62), en su forma original hecha de arenisca, se caracteriza por presentar dos grandes colmillos sobre las fauces y dos penachos en forma de serpientes sobre la frente. Al igual que la cabeza clava RL-001, para Tello tiene una impresión de un rostro cadavérico aunque semejante en cierta forma a un ave.

La réplica de la cabeza clava RL-007 (Tello 1960: figura 74) es más realista que las anteriores, está hecha originalmente de cuarcita y se caracteriza por tener una boca de labios extremadamente notorios, y un claro aplastamiento de la nariz, lo que para Tello puede haber sido representativo de un ave.

La estela Raimondi: arte lítico Chavín en su máxima expresión

Si se mencionan los principales representantes del arte Chavín, no puede evitarse incluir la estela

Raimondi. Debido a su trascendental presencia y siendo pieza singular del Museo Nacional, se ha considerado brindar una información más extensa, de modo que veremos su descripción, historia y estado de conservación.

Se trata de una representación sobre una laja de granito de un ser antropomorfo con una serie de mezclas que recuerdan a la divinidad suprema, el jaguar con aspecto antropomorfo. El ser central se halla de frente, con mirada excéntrica hacia arriba, comisuras de labios hacia arriba, colmillos salientes y garras agudas. Porta en cada mano un báculo, lo cual será el prototipo de una serie de representaciones de deidades posteriores (Pucará, Nasca, Huari y Tiahuanaco). Sobre su cabeza exhibe un tocado alto formado por una serie de superposiciones de fauces, de las cuales se proyectan labios apuntados, mientras que en sus partes laterales se extienden volutas que terminan en serpientes. El personaje además lleva un faldellín y un cinto del cual se proyectan serpientes.

Genealogía de la estela Raimondi desde su descubrimiento

Su descubrimiento

Fue hallada en 1840 en el distrito de Chavín de Huántar, provincia de Wari, en el departamento de Ancash, por don Timoteo Espinoza, mientras labraba la tierra en el frontispicio superior de «El Castillo de Chavín», según la tradición oral recogida por José Toribio Polo (Polo 1900: 1-2). El agricultor y poblador del pueblo de Chavín de Huántar la llevó a su casa (como muchos de los pobladores se llevaron litoesculturas para la construcción de sus viviendas) y la utilizó por el reverso como mesa y batán. En 1860, debido al gran interés

de Antonio Raimondi por el estudio del castillo y sus litoesculturas, don Timoteo decide mostrarle la estela. En su libreta de campo Raimondi detalla: «Esta sola piedra es un precioso monumento que se debria (sic) conservar con el mayor cuidado en un Museo, porque da una exacta idea del grado de desarrollo que habia alcanzado el dibujo y el arte de trabajar las piedras, entre los antiguos indios» (Raimondi 1873: 215). Opinión que compartimos con Raimondi, pues la estela no sólo es una deidad de Chavín, el Dios de las Varas es un personaje andino, representado también en Pucará, Paracas, Huari y Tiahuanaco.

En junio de 1871, siendo Polo secretario de la Prefectura de Ancash, reportó que se encontraba en el patio de la casa de Timoteo Espinoza, e indicó que estaba un poco rajada por el medio y descantillada en los bordes, debido posiblemente al choque violento que se debió producir al caer en el lugar en el que fue hallada por don Timoteo (Polo 1900: 2).

Su adquisición y transporte a Lima

El 14 de abril de 1873, el Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas, por orden del presidente Manuel Pardo y Lavalle, extendió un documento, firmado por S. E. Rosas, al sargento mayor José Manuel Marticorena, encomendándole por comisión la adquisición y traslado de la piedra a la capital, debido a su importancia histórica, y a que estaba siendo usada como batán. Le indicó también que el Ministerio de Hacienda le entregaría la suma de 500 soles para el trabajo en mención (MN-4863).

Los documentos refieren que el traslado a Lima no era posible, debido a la estrechez de los caminos según opinión del prefecto del departamento

de Ancash, por lo que el ministro pidió un informe a la Junta Central de Ingenieros. El entonces vice-presidente de la Junta Central, el señor Eulogio Delgado, sugirió el ensanchamiento de los caminos con pólvora de mina. Fabricio Cáceres (personaje cercano al presidente Manuel Pardo), por encargo del ministro, comunicó al prefecto de Ancash que por decreto del 2 de diciembre de 1873 se le entregarían los materiales necesarios para viabilizar el ensanchamiento de los caminos (según el documento del 3 de diciembre de 1873) (Polo 1900: III).

El sargento Marticorena logra cumplir la comisión, y extiende una razón a puño y letra de los gastos de adquisición y transporte de la estela en una relación detallada de 14 recibos, menciones de los gastos y sitios por los que transita la pieza hasta su llegada a Lima (MN-4861). Para su traslado se alquilan tres mulas por la suma de 24 soles (recibo N° 1), por su adquisición se pagaron 80 nuevos soles (recibo N° 2), se pagaron a un escribano 3.40 soles para la escritura de la transacción (recibo N° 3), 124 soles se pagaron al gobernador de Chavín, Pedro Poso y Martínez, para la movilidad de la piedra de Chavín (recibo N° 4), al gobernador de Recuay, 8 soles para conducir la piedra del pueblo de Rumi Chara a Recuay (recibo N° 5), gasto en chicha para la gente que trasladó la estela hasta Recuay: 4 soles, al teniente gobernador de Olleros y gobernador del pueblo de la Restauración: 16 soles (recibo N° 6), al sub-prefecto de Huaraz: 49 soles (recibo N° 7), 18 soles al gobernador de Huaraz para la gente que trasladó la piedra los días 9, 10 y 11 (recibo N° 8), 4.20 en carne y chicha para los trabajadores, 6.30 soles para el forraje de los caballos de

los trabajadores montados, 6 soles al comisario de pueblo de Pira (recibo N° 9), 6 soles al comisario del pueblo de Yupas (recibo N° 10), 12 soles al teniente gobernador de Colcabanba (recibo N° 11), 16 soles al gobernador de Paria (recibo N° 12), 18 soles a los vecinos del pueblo de Buenavista para el traslado de Río Seco a Casma, 17.20 al gobernador de Yautan (recibo N° 14), 10 soles para trasladarla de Casma y embarcarla en el puerto, y 5 soles para trasladarla al puerto del Callao (MN-4861).

El 14 de enero de 1874, el Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas extiende un nuevo documento a Marticorena, en el que F. Rosas aprueba los gastos realizados para la adquisición y traslado de la estela (un total de cuatrocientos setenta y siete soles con cincuenta centavos), también indica a Marticorena que entregue a la Caja Fiscal del Departamento de Lima los treinta y dos soles y cincuenta centavos restantes, de los quinientos soles que le fueron entregados. En el documento agradece a Marticorena por cumplir eficazmente lo encomendado (MN-4862).

El 23 de enero según el documento N° 15 extendido por la Caja Fiscal, se dejó constancia de que en el folio 35 del manual corriente, tomo 1°, se encuentra la partida de entrega de devolución, por parte de Marticorena al cajero fiscal José Manuel García y García (MN-4860).

Posteriormente Polo describe que al cumplir la orden del gobierno de traerla a Lima, torpes operarios, con barretas y herramientas, descantillaron la mitad del borde superior, una parte del lado izquierdo y dos ángulos inferiores, desapareciendo a trechos la cenefa que encuadra el dibujo (Polo 1900: 47).

La estela, el Museo Nacional, su exhibición y la Guerra con Chile

Desde 1872 el Museo Nacional se encontraba en los ambientes del Palacio de la Exposición y a cargo de la Sociedad de Bellas Artes desde 1871 (Ravines 1989: 33). Al llegar la estela a Lima a principios de 1874, se exhibe en uno de los parques del Palacio de la Exposición a la intemperie. Durante la Guerra con Chile, la pieza sobrevivió al saqueo chileno y peruano, permaneciendo escondida en el mismo parque (Polo 1900: 47), siendo la única pieza arqueológica de las antiguas colecciones del Museo Nacional (Ravines 1989: 34).

En 1900 Polo reportó que la encontró cerca al parque de las Palmeras, casi detrás del palacio (el parque de las Palmeras fue uno de los parques que conformó el Palacio de la Exposición, en la Lima de fines del siglo XIX). Narró que la gente le daba poca importancia y la llamaba la «Piedra del Inca». Polo intentó determinar el tipo de materia prima en que está elaborada; Raimondi y Chalón afirmaron que se trataba de granito (Polo 1900: 47) y el doctor José Sebastián Barranca afirmó que estaba hecha sobre diorita en tránsito a sienita, por no calificarla de granito, debido a la falta de mica y cuarzo según sus observaciones. En la actualidad, Carlos Toledo determina por análisis petrográfico macroscópico, que la pieza está elaborada sobre granito, roca ígnea de dureza intermedia, ligeramente alta (Zenker 1998: 46), así también el Ing. Cano en el 2010 afirma que se trata de granito (Cano 2010a: 23). Volviendo a la documentación de antaño, el Dr. Barranca también informó que estando a la intemperie la caolinización sería más rápida y refirió que la piedra estaba cubierta, por detrás, de una ligera capa de materia

ocrácea colorada, que debió formarse por la acción del aire, transformando el protóxido de fierro del anfíbol en peróxido (Polo 1900: 52).

En 1892 un museo europeo intentó la compra de la estela por la suma de mil libras esterlinas (Polo 1900: 47).

En 1905, la pieza es una de las primeras en formar parte de los fondos del nuevo Museo de Historia Nacional ubicado en la avenida 9 de Diciembre, exhibiéndose junto a los monolitos de Atuncolla, en el vestíbulo de la planta baja frente a la escalera de ingreso del museo (Ravines 1989: 34). Años más tarde según refiere Julio C. Tello la pieza es registrada con el N° 3600 del Museo Nacional (Tello 1960: 188).

El terremoto de 1940

Según la correspondencia oficial que se encuentra en el archivo del MNAHP, confirmamos que durante el terremoto del 24 de mayo de 1940 la



Fig. 1. La estela Raimondi en exposición en 1958, nótese que ya se encontraba en su actual disposición con algunas variantes. Fotografía del Archivo MNAHP.

estela, que se encontraba en el Museo Arqueológico de la Av. Alfonso Ugarte, en el descanso de las escaleras, sobre una base de madera de roble, sujeta con tirantes de fierro, se cayó escaleras abajo y se fragmentó. El informe sobre el suceso fue redactado el 31 de Mayo de 1940 por el jefe de sección Jorge C. Muelle y el conservador Juan José Delgado, dirigido al entonces director del Museo Nacional¹. En el documento también indican que procederán a una conveniente reparación (MNAAHP; Archivo MNAA, 1940. Correspondencia oficial Vol. 115-222). El 25 de setiembre de ese mismo año se aprobó el presupuesto de Enrique Díaz por la suma de 350 soles, para su reparación y construcción de una base para la misma (Temple 1978: 71-72).

En el verano de 1959, la estela se encontraba ya dispuesta en su actual lugar en las galerías del Museo, (según nos refiere el arqueólogo Manuel Merino, actual investigador del MNAAHP, quien recuerda haberla visto en su primera visita al museo, cuando aún era un niño). Hay una fotografía de la pieza expuesta en 1958, en su actual lugar (ver fotografía N° 1), con algunas variantes, como la altura algo más corta de las columnas laterales, la ausencia del techo que lleva hoy, y una pared que cerraba el arco de la galería (MNAAHP; 1958. AT 630 – (41) – Exp. 58/005).

En la década de los setenta, durante la implementación de un nuevo guion en el museo, se retiraron esteras de la parte posterior de la estela y se agregó cemento, adhiriéndola a la pared, y se hicieron algunas variaciones debido a las remodelaciones de la exhibición, pero la pieza continuó

sujeta a las columnas por las varillas de hierro y por el cemento.

En el 2008 por orden del Instituto Nacional de Cultura (según memorando N° 040-2008-INC-DN), el Ing. Carlos Cano estuvo a cargo de la limpieza del obelisco Tello y de la estela Raimondi. Terminada la conservación del obelisco, este se trasladó a Chavín de Huántar, lo que trajo algunos inconvenientes, como el de su localización nuevamente en cemento y la alteración de la antigua restauración del fragmento superior del obelisco.

En el 2010 la estela es limpiada, restaurada y consolidada *in situ*, y nuevamente el trabajo de conservación es asumido por el Ingeniero Cano², quien finalmente en su informe final recomienda no exponerla al aire libre (proyecto actual del MNAAHP).

Desde el 2008, se ha solicitado retirar la estela con fines de conservación; en el 2012 la Casa de la Cultura de Suiza y el Museo Rietberg quisieron llevarla a una exposición en Suiza y tratarla en Zúrich, pero se desaconsejó por la dificultad de moverla de su sitio sin dañarla al liberarla. Ha sido solicitada para numerosas exposiciones, pero debido a su actual inamovilidad, a su importancia y a que es una pieza única y emblemática de la Nación, los préstamos han sido denegados por temor a perder la pieza.

Actualmente la estela tiene el N° 145040 en el Registro Nacional Informatizado del Perú y es la pieza L-8741 de la colección de Lítico del MNAAHP, se exhibe en las galerías del museo, expuesta a la humedad y a otros agentes que la deterioran, razón por la que se proyecta una

¹ El Museo Nacional en 1940 se encontraba en proceso de recibir las piezas del antiguo local de la Av. Alfonso Ugarte.

² En los informes del Ing. Cano se encuentran datos de la materia prima y afecciones que presentó y presenta la pieza, como por ejemplo clonaciones.

nueva ambientación con climatización adecuada para su óptima conservación como la pieza lo amerita.

Registros gráficos de la estela Raimondi

La primera reproducción fue realizada en la década de 1860 por Raimondi al realizar calcos sobre la iconografía de la pieza con la colaboración de dos amigos de viaje, Pedro Ignacio Cisneros (propietario de la Hacienda Andamayo) y el Ing. Ricardo Durfeldt (Villacorta 2006: 67). Del calco sacó una plancha fotográfica, la cual se conserva en la Sociedad Geográfica, y es bastante exacta según nos refiere Polo, aunque ha sido reducida casi a la dieciseisava parte del tamaño original de la estela (Polo 1900: 60).

Antes de ser trasladada a Lima en 1873, en Huaraz se hizo un calco de la piedra de tamaño natural para el entonces prefecto de Ancash, Manuel Carrillo y Ariza (Polo 1900: 60). Su iconografía ha sido interpretada principalmente por los arqueólogos Julio C. Tello (Tello 1960) y Luis Guillermo Lumbreras.

La cultura Pucara y la monumentalidad de la piedra (ca. 1500-400 a. C.)

Poco después de la prolongada sequía en el Altiplano del sur, el clima se hace más húmedo y probablemente temperado. Es en este contexto en que la cultura Pucara se erige en el sitio epónimo a unos 80 km al noroeste del lago Titicaca, al lado del río del mismo nombre, a una altitud de aproximadamente 3800 metros sobre el nivel del mar (Hastorf 2008).

El sitio tiene arquitectura pública y los arqueólogos piensan que se trata de un centro de complejidad social y lugar de culto. Tal como sostiene Klarich (2004), allí se asentaron

poblaciones con una economía agropastoril mixta. En ese momento y al lado este del Altiplano se iba gestando el Estado Tiahuanaco, aunque la relación entre ambos no está clara aún para los arqueólogos.

Los pucara tuvieron acceso a varios productos para consumo, entre ellos, oca, carne de llama y alpaca, mashua, papa, cañihua, pero sobre todo quinua, de la cual ya conocían sus variedades negra y roja. Para lograr un buen rendimiento agrícola desarrollaron sistemas de canalización relativamente sofisticados, los que posteriormente llegarían a su apogeo durante la cultura Tiahuanaco.

Desde el punto de vista de la organización social, al parecer, los grupos se cohesionaron unos con otros formando una especie de red de *ayllus* para trabajo corporativo. Parte de estas actividades eran derivadas a la edificación de grandes edificios, los cuales servían también para celebrar festines y alianzas con otras poblaciones. Las celebraciones se componían entonces de comida, bebida, música, además de fumar y probablemente consumir productos psico-activos.

Dos logros destacados de la manufactura Pucara son la alfarería y el manejo de las rocas. En la primera se usaron varios colores con decoraciones incisa y bruñida, que ha dado origen a ese estilo. En el lítico se conoce, en especial, la construcción de la zona ceremonial central con edificios impresionantes como el Kalasaya, con imponentes plataformas, patios hundidos, canales, piedras labradas y cámaras funerarias, fuera de los barrios periféricos.

Pero además, los pucara lograron un sofisticado manejo de la tecnología lítica en forma de monolitos,

dos de los cuales presentamos en nuestra colección. La estela L-8776, a pesar de no mostrar contexto, procede de la zona de Pucara y guarda relación de estilo con el arte de dicha cultura. Se trata de una lápida rectangular, probablemente de material metamórfico, que muestra unas líneas serpentiformes y dos figuras en relieve de dos lagartos o iguanas de taxonomía difícil. Exponemos además otra estela, L-8775, que exhibe una serie de diseños escalonados, chacanas y cruces como motivos principales. La roca parece basal, por su coloración oscura. Ambas estelas tienen un alto grado de pulido, típico de la tecnología lítica Pucara.

Hay además una estatuilla importante (L-8778), procedente del mismo sitio de Pucara. Se trata de un típico trabajo de pulido en forma humana, y característica de la región del Altiplano. Al parecer lleva tocado y una especie de calzón. Sus ojos tienen forma de grano de café y las manos descansan sobre el vientre. La materia prima usada para su manufactura es volcánica rojiza. Otra pieza (L-1020) es una pequeña escultura de roca volcánica ácida con la representación de un personaje (una aparente deidad) con los típicos rasgos faciales Pucara, tocado, faldellín y manos que sostienen cada una un instrumento. Al igual que la pieza previa y la siguiente, proceden de mismo yacimiento de Pucara. Finalmente presentamos un fragmento de recipiente (L-7382) que muestra típicamente un diseño grabado de un rostro de forma rectangular con ojos ovalados y de cuya cabeza se proyectan una serie de apéndices que terminan en serpientes, el cual recuerda al Dios de los Báculos del Formativo andino, así como posteriormente Tiahuanaco. Se ha considerado que este tipo de vasijas puede estar vinculado a rituales de

chamanes. La pieza fue recuperada por la expedición de Manuel Chavez Ballón, por parte del Museo de Antropología y Arqueología a Pucara.

Hacia el 470 d. C. los pucara son asimilados por la cultura Tiahuanaco que venía en expansión, pero esta es otra historia.

Aproximadamente durante el tiempo de desarrollo Pucara en el Altiplano, aunque esta vez en el desierto de nuestra costa central, floreció una cultura llamada Paracas, que veremos a continuación.

Paracas y el vidrio negro de los dioses (800 a. C.-100 d. C.)

Es probable que si se pregunta cuál es la colección más representativa del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, la respuesta sea Paracas. Desde su descubrimiento hecho en 1927 por Julio César Tello, el interés, focalizado en sus momias y espléndidos textiles conservados desde hace más de dos milenios, ha seguido creciendo.

Hoy en día sabemos que Paracas es una cultura que cubrió la parte baja de los valles entre Chincha por el norte y Acarí por el sur, pero más aún que hay vestigios que indican claramente su presencia, posiblemente en origen, en la zona límite entre las actuales regiones de Ica y Ayacucho, es decir en la serranía. Lo que es remarcable en esta cultura es el excelente estado de preservación de una serie de manufacturas, en algunos casos excepcionales, que nos han llegado a través del tiempo. Y es precisamente con el hallazgo de más de 400 momias en la bahía de Cerro Colorado, en la península de Paracas, que hay un impresionante inventario de textiles, maderas, conchas, obsidianas, cerámica, cueros, cestería, restos de

alimentos, entre tantos otros fascinantes legados que nos han dejado los paracas (León 2013).

Si bien hay evidencia de que poblaron la península desde casi inicios del primer milenio antes de Cristo, es evidente que la mayoría de ocupaciones de esta cultura se concentran entre aproximadamente 400 a. C. y 100 d. C., es decir, confundiendo con los inicios de los nasca, que varios investigadores consideran herederos directos de los paracas. Y la pregunta: ¿de dónde vinieron?, aun cuando sea complicado responderla, ha generado gran interés. Es posible, como lo piensan los estudiosos no solo de los restos materiales, sino también de las evidencias genéticas, que al inicio hayan sido un grupo muy homogéneo, pero que se desplazaba por varias zonas. Helaine Silverman (1991) piensa que se trata de un grupo de gente con una larga tradición común y poca variedad.

Es también importante mencionar que los paracas vivieron en un medio que sufría un fuerte proceso de aridez. ¿Por qué lo hicieron? Precisamente esa es una de las grandes interrogantes respecto a su instalación en un medio cada vez más difícil.

No se conoce mucho aún sobre sus viviendas, pero sus templos, si bien no tienen la espectacularidad de los de la costa central y norte chico de Perú, denotan un buen desarrollo en la construcción de las plataformas y combinación de adobes y piedras. Se sabe además que consumieron fundamentalmente una dieta agrícola, pero complementada con recursos marinos. De modo que comían maíz, yuca, maní, frejol, pallar, camote, jíquima, paca, algarrobo, ají, calabazas, lúcuma, palta, guayaba, a más de recursos marinos como atunes, lobos marinos, focas, sardinas,

anchovetas, tollos y tiburones, entre otros.

En cuanto a las manufacturas que han sido halladas en los envoltorios de las momias, destacan los impresionantes textiles, tanto bordados como teñidos, en una gama impresionante de colores obtenidos de tintes naturales y con diversos motivos, aunque todos ellos rituales, haciendo alusión a seres humanos, por lo general con atributos de animales, o eventualmente plantas, en patrones de diseño regulares. Hay investigadores que han reconstruido las técnicas de trabajo y sostienen que las tejedoras han invertido tiempo completo y por varios años para lograr una sola pieza textil.

Parte de estas ofrendas halladas en las momias corresponde a las líticas, y entre ellas, destaca abiertamente el trabajo de la obsidiana. Por lo general, se trata de una serie de puntas que guardan un patrón regular. Para este catálogo se han seleccionado dos ejemplares. Una punta de obsidiana (L-411), hallada por la expedición de Julio C. Tello en la zona de Wari Kayan, en Cerro Colorado, Paracas, en un contexto Necrópolis (100 a. C.-100 d. C.) es una de las piezas frecuentes, aunque en este caso tenemos denticulados en los bordes. La forma permite especular que fue hecha a partir de una pequeña lasca, con poco trabajo. Otra punta de obsidiana (L-406), también procedente de Wari Kayan, esta vez acaramelada por su color, es más alargada y es posible que haya sido confeccionada desde una pequeña lámina, tecnología lítica que fue conocida por los paracas como se observa en otras piezas de la colección. Bien sabido es que la obsidiana es un vidrio volcánico que tiene poca función práctica, a no ser la de usarse como instrumentos cortantes

o navajas o armas para lanzamiento. Se ha especulado su uso en los trabajos quirúrgicos de remoción de parte de la calota humana en el momento de las famosas trepanaciones, lo que es posible, aun cuando no esté demostrado en experimentos.

Hay además dos puntas enmangadas (L-14025 y L-14024) de obsidiana. Mientras que la L-14025 se halló como parte de las ofrendas de la momia 28, excavada en el mismo cementerio de Wari Kayan, la L-14024 Tello la expone en su libro *Paracas II*. Es claro entonces su destino mortuario. Ambas son de forma triangular y se asemejan a las demás de la colección en cuanto a su confección, ya que parecen estar hechas a partir de una lasca, y retocadas por presión en sus bordes. Lo impresionante es la calidad de conservación de los mangos o vástagos, pues la madera y el enmangue, vale decir la sujeción de lianas y cueros de la punta al mango, subsisten, y ofrecen una posibilidad de análisis. Se observa además en ambos casos residuos de materia orgánica entremezclada con las ataduras de las lianas de cuero, que pueden proceder de algún tipo de resina usada como pegamento. Es difícil poder descifrar sus funciones y usos, sin embargo, en el caso de la L-14024, por su diseño aerodinámico, uno puede especular que pudo haberse tratado de una lanza para estólica.

Otra pieza importante de Paracas (L-0571) es una lámina neta cuyas marcas denotan claramente que para producirla se ha aplicado tecnología laminar. Para lograrla es seguro que se ha tenido que aplicar un procedimiento complicado, pues hay que preparar el núcleo de donde se ha obtenido, antes de dar un golpe magistral que va a generar un instrumento alargado y filudo que tenga el aspecto de cuchillo.

Dos piezas más (L-170 y L-221) de obsidiana son relevantes pues se trata de discos no pulidos, sino más bien removidos de un núcleo que ha sido preparado de manera sofisticada mediante una técnica llamada *Kombewa*. Ambas piezas proceden de Cerro Colorado. Resultan de la preparación de lascas grandes y espesas de las cuales se extraen lascas discoidales como las vemos en estos dos ejemplares, que tienen una sección biconvexa y son una suerte de discos filosos. No cabe duda de que los paracas dominaban estas técnicas de manera magistral.

Los nasca: herederos del arte lítico de Paracas (ca. 100-640 d. C.)

Tal como lo menciona Donald Proulx (2008), en muchos sentidos, la cultura Nasca viene siendo una continuación de la de Paracas sobre todo por los lugares ocupados, reemplazo de diseños de cerámica, textiles, el significado de las cabezas trofeo, conflictos y lugares de peregrinaje. Pero lo que es más importante aún es que, en efecto, estudios genéticos en restos humanos documentan hasta el momento que no sólo se trata de dos culturas de herencia mutua, sino que además han sido muy homogéneas, con poca participación foránea.

El centro de la cultura Nasca, al parecer, radicó en la zona del río Grande de Nazca y se irradió hasta el valle de Cañete por el norte y Camaná por el sur, evidentemente más extensa que su antecedente Paracas.

Uno de los rasgos más característicos de Nasca es su alfarería polícroma bruñida, que luce varios colores y en la que se representa una serie de motivos que, al parecer, retratan pasajes de la vida diaria de

la gente, actividades u oficios como artesanos, agricultores, guerreros, pescadores y chamanes en el campo de las figuraciones humanas. Incluyeron además una serie de plantas y animales trabajados de manera fidedigna. Pero además, y sobre todo una impresionante gala de parafernalia religiosa donde seres mitológicos forman un panteón ritual. Otros instrumentos documentan una sociedad festiva donde la música, ritual y las danzas eran parte de la vida. Evidentemente parte de este mundo lo constituía el tema funerario, pues los entierros humanos Nasca son cuantiosos y con una rica gama de ofrendas.

En cuanto al trabajo de la piedra, los nasca parecen haber guardado gran similitud con sus ancestros, los paracas, aunque hacia los momentos últimos pudo haberse incrementado el trabajo pulido, en especial de recipientes. Precisamente este es el caso que presentamos en nuestro catálogo, pues exponemos un vaso lítico (L-8782) que concuerda en forma y estilo con los vasos de las fases finales de esta cultura. La pieza fue obsequiada a Julio C. Tello por el saqueador Eliseo Galindo, y procede de una tumba de Cahuachi, Nazca. Muestra en grabado una representación de la típica deidad felina monstruosa con tocado de forma de serpientes y boca de la cual se proyectan formas similares. La roca puede tratarse de una especie de andesita. Luego presentamos una punta sujeta en un vástago (L-21301) que bien puede haber tenido un uso práctico para lanzar. La punta es de obsidiana, tiene la clásica forma triangular, y se halla sujeta en su base por ambos lados por un vástago probablemente de carrizo, el cual ha sido anclado por medio de una especie de resina o cola. Esta pieza procede de un conjunto de

siete entierros humanos, posiblemente del cementerio de Las Trancas, en Nazca.

Huayurco: el arte de la piedra en el extremo norte peruano (700 a. C.-500 d. C.)

El sitio de Huayurco, a unos 400-450 msnm, está localizado al oeste de la curva del Marañón, en la conjunción de los ríos Chinchipe y Tabaconas, en la zona de Jaén, la cual es considerada como punto de intercambio entre la costa, sierra y Amazonia y entre el extremo norte peruano y sur ecuatoriano. El yacimiento fue descubierto en 1961 y excavado por Pedro Rojas Ponce, discípulo de Julio Tello. Una vez excavado el sitio, se determinaron dos estratos, de los cuales el más bajo arrojó varios restos funerarios, entre los cuales se encontraban las vasijas de la colección del museo que aquí mostramos. Hay que mencionar además que se hicieron varios hallazgos como conchas manufacturadas en forma de collares y trompetas (Lathrap 1970).

Una investigación más reciente por parte de Ryan Clasby y Jorge Meneses (2012) ha arrojado fechados amplios para este conjunto de sitios (entre 700 a. C. y 400 d. C.). Además, ha vinculado a Huayurco con el sureste ecuatoriano y los grupos jíbaro.

Las piezas de piedra que se presentan tienen el estilo Shakimu temprano, según Donald Lathrap. Este autor destaca la presencia de un pequeño cuenco de ónix jaspeado. En términos generales, este autor piensa que la importante cantidad de vasijas líticas es una clara evidencia de que el sitio ha sido un centro de manufactura de este tipo de vasijas. Por otro lado, las conchas testimoniarían el contacto

con el mar, vinculación que se ve reforzada cuando se considera que varios tipos de vasijas se asemejan a las del Precerámico Tardío de la costa peruana.

La cerámica asociada a estas piezas es de tipo negro pulido y recuerda, por tanto, al Horizonte Chavín. Una botella, por ejemplo, se asemeja mucho a la fase Kotosh Chavín o a las mismas de Chavín de Huántar. Parte de la alfarería también recuerda la cerámica aplicada tipo Tutishcainyo Tardío.

Las tres piezas líticas expuestas de este sitio son L-8764, L-8768 y L-8767. La primera es un cuenco abierto con decoraciones de grecas en bajo relieve que recuerdan a las tradiciones del primer milenio antes de nuestra Era del área de ceja de selva y la cuenca del Ucayali. Parece haberse confeccionado en material volcánico ácido. La segunda (L-8768) es un cuenco jaspeado pulido. La última pieza (L-8767) es en efecto también un cuenco y parece tratarse de la pieza que menciona Lathrap como pequeño cuenco de ónix jaspeado. Queda abierta la pregunta de si se trata de una roca local o importada.

Son buena muestra de la destreza en piedra pulida de nuestra ceja de montaña durante la época Chavín y además de áreas de tradiciones comunes con el sur neo-tropical ecuatoriano.

Los Recuay, maestros artesanos de la lapidaria (100 a. C.-700 d. C.)

La cultura Recuay emerge, aún de forma no completamente comprendida, entre el 100 a. C. y 700 d. C., en la zona del Callejón de Huaylas, aunque su dispersión abarca una variedad de zonas altitudinales, desde la costa hasta la ceja de montaña.

En la costa se ha estudiado en especial en los valles de Santa, Huarmey, Casma y Nepeña (Lau 2002).

Tuvieron acceso y consumieron recursos como cuyes, llamas, maíz (incluso chicha de maíz) y tubérculos. Una característica típica de su cerámica es la de haber sido confeccionada a partir de caolín, un tipo fino de arcilla blanca, que usaron para representar a personajes destacados de su cultura, a más de llamas, y algunas escenas rituales, donde los camélidos juegan un importante rol.

Para este catálogo se han seleccionado algunas piezas de especial consideración no solo por la calidad de acabado lítico, sino también por sus procedencias. Dos lápidas Recuay (L-8546 y L-8543), muy probablemente del sitio epónimo, muestran la imagen de un felino, cada una a su estilo. La primera, exhibe una serie de atributos naturales del animal, de costado, en posición flexionada, y con la cabeza mirando hacia nosotros. Las garras del animal descansan en el suelo, y la cola termina en voluta. Por su parte, la otra representación del felino muestra un diseño más bien geométrico, encuadrado y enmarcado dentro de una línea. El rostro, en este caso, tiene visos de humano, es decir, menos naturalista que el anterior.

La siguiente pieza seleccionada es un monolito Recuay (L-8518) que representa a un personaje humano y porta dos elementos, uno en cada mano. Es posible que se haya confeccionado a partir de una roca volcánica ácida. Este tipo de monolitos es muy frecuente en el contexto de la cultura Recuay. Luego, exponemos una pieza (L-8831) conocida como «monolito de Aija», con el típico personaje en posición sentada, con una cofia en la cabeza y manos que se encuentran sobre el pecho.

Hay además dos piezas de Pashash, otro sitio típico Recuay, en este caso dos tazas o cuencos con pedestal (L-21297 y L-19259). En el primer caso, parece tratarse de una roca basáltica que ha sido muy finamente grabada y sobre ello pulida, con la representación de lo que parece ser una especie de cérvido (o felino) de perfil, con las fauces con el típico diseño de rayas que semejan la dentadura, y algunos motivos escalonados que se entrecruzan con los de una serpiente, típico de inicios de este periodo.

El otro cuenco (L-19259) muestra dos diseños aplicados doblemente que representan, por un lado, lo que parece tratarse de un mono, y por el otro, un personaje humano con una cofia escalonada que recuerda al estilo de la costa norte y brazos semiflexionados a ambos lados. Porta una camiseta y parte se halla completada por una piedra que puede ser crisocola o turquesa. Finalmente presentamos una cabeza clava del sitio de Cabana (L-8495), típica de Recuay, con cofia y orejeras, elaborada en roca volcánica.

El Imperio huari: el arte de la miniatura lítica y piedras semi-preciosas (620-980 d. C.)

Aceptado ya como consenso por la mayoría de especialistas, el Imperio huari es la primera organización que cuenta con una serie de logros, entre ellos, una organización social férrea basada en una creencia común, un Estado desarrollado, una explosión demográfica que algunos sostienen llegó a 70 000 habitantes en el pico de desarrollo de la ciudad epónima, una sofisticada red estatal de caminos y ciudades con recintos sacros y calles, a más de áreas residenciales, de

talleres especializados y cementerios. Desarrollaron además sistemas sofisticados de cultivo donde el maíz fue la máxima prioridad, y de este modo llevado a muchos rincones del Imperio (Isbell 2008).

Hoy también sabemos que hubo una serie de acuerdos con los pueblos conquistados, pero además de ello, una parafernalia basada en redes de reciprocidad, intercambio donde el festín jugó un rol importante legitimando a las elites y las decisiones que se tomaban. Los huari comieron una serie de productos, sobre todo tubérculos y cereales andinos, a más de seguramente camélidos y cuyes. Se sabe que el maíz fue consumido por igual por hombres y mujeres.

En la cerámica destacaron por manufacturar una serie de recipientes con colores brillantes y motivos, por lo general relacionados con su vida diaria, pero además ritual, donde predomina el Dios de las Varas, una representación que comparte con la cultura Tiahuanaco en el Altiplano del sur. Además, por los estudios de bioarqueología hoy sabemos que guerreaba con enemigos y, en algunos casos, hacían sacrificios rituales de humanos. Más sorprendente aún es el hecho de que se demuestre por vía genética que moradores de diversas partes de los Andes fueron a Wari y Conchopata, seguramente como peregrinos o forzados para trabajos comunales para el Estado.

En el arte lítico, los huari hicieron monolitos humanos que probablemente representaban a gobernantes o personajes de la elite. En esta oportunidad presentamos algunas piezas del museo, en especial figuras líticas hechas generalmente de crisocola o de turquesa. Una primera pieza (L-21352) es una diminuta escultura de este tipo de roca que representa un ser

humano con los ojos sobresalientes y una banda sobre la cabeza, todo muy típico en el estilo huari. El trabajo muestra una alta calidad de pulido. Procede del proyecto Chiquintirka, Pampa Melchorita, Ayacucho (2008). Del mismo sitio procede la pieza L-21351, que es más bien un tablero con una serie de divisiones que recuerda a las yupanas inca.

También hemos hecho una selección de piezas elaboradas con rocas y piedras semipreciosas selectas. Similar a la primera pieza, tenemos una estatuilla que presenta un personaje con cofia y manos sobre el pecho, procedente de Miramar (M-5798) y hecha de crisocola. Destacan sus ojos almendrados, lo que recuerda no sólo la iconografía huari, sino además un poco de la costa norte. Tiene modelados ambos pies con detalles de dedos.

Otra pieza procedente de Miramar, Ancón, (excavada por Julio C. Tello y Rebeca Carrión Cachot entre 1945 y 1950), es la M-5756, un collar precioso, hecho con una serie de cuentas de piedra (posiblemente lapislázuli). Cabe destacar las representaciones de conchas en piedra (incluso *Spondylus*), lo que apunta al tema marino de por medio. El trabajo es de una alta calidad de pulido. Otro collar (M-5754) procedente del mismo Miramar, también está hecho mediante una serie de cuentas de rocas extremadamente pulidas donde destacan ciertas de origen volcánico, pero sobre todo la crisocola.

La pieza M-5777 es una pequeña estatua, hecha de turquesa, de estilo huari y de procedencia incierta (tal vez Nazca o Ayacucho). Representa un rostro con los característicos ojos almendrados en cuya parte superior se observa una especie de tocado con un

protoma y turbante. La representación de la boca muestra fauces y dientes que recuerdan al felino. Hay además dos protuberancias a ambos lados del rostro que asemejan dos serpientes.

Piezas en piedras finas de factura huari proceden también de Nasca, debido a la prolífica ocupación de esta cultura en esta zona. Traemos al catálogo la pieza M-5778, que es una figura de turquesa, también en clásico estilo huari. Ostenta una especie de turbante con un probable broche o tocado especial, parece llevar una capa atada al frente y vestido cuadriculado. Está acabado con un fino trabajo de pulido. Otra figura similar (M-5779), procedente de Chulpaka, Nazca, ostenta una cofia en forma de felino con dientes expuestos de manera agresiva. El personaje parece portar orejeras y una túnica, con brazos sobre el vientre. Dos figuras, también probablemente de turquesa, procedentes del mismo Chulpaka, completan nuestra selección de piezas en este tipo de material. La primera, M-6079, representa a un personaje (tal vez femenino) con una cofia en forma de cuenco invertido, sencillo, y una túnica larga. Es probable que también haya portado orejeras o cabello hasta los hombros. La otra representación (M-6080) parece mostrar un mono, aunque se halla deteriorado, meteorizado y algo asimétrico.

Algo más al norte, esta vez en el valle del Rímac, se halla Nievería, de cuyo cementerio procede la pieza M-5749, que el museo expone aquí. Se trata de una pieza que proviene de uno de los trabajos del museo más antiguos (1908), un collar compuesto por trece cuentas de amatista y cuarzo, de evidente factura huari. Sin duda se trata de una de las piezas prehispánicas más bellas que el museo alberga.

Los incas: maestros consumados en el arte lítico (1460-1532 d. C.)

Sin duda, llegamos a un momento de máxima expresión del desarrollo precolombino, siendo considerado por consenso como el Imperio más grande en el Hemisferio Sur. Los incas, Estado consumado después de milenios de formación, tuvieron que refinar sus estrategias de dominación de un largo Imperio que demandó un impresionante aparato administrativo, legislativo, de transacción y eventualmente de coerción para el mantenimiento del orden social.

Covey (2008) ha señalado que si bien discutido, es posible hallar el origen de los incas en la misma región del Cuzco en agricultores de maíz en valles bajos, muy cerca a los afluentes de valles, durante el primer milenio, para luego iniciar su desarrollo y expansión desde el 400 d. C. Otros ven la zona del Altiplano como centro de origen (o de influencia) tanto por la lengua, pukina, como por el trabajo de la piedra y el concepto urbano-ritual en su traza, desarrollado desde épocas como Tiahuanaco. Otros autores, mediante estudios de paleoclima, han sugerido que los incas aprovecharon un momento cálido y con precipitaciones en el siglo XV para la intensificación del cultivo del maíz y pastoreo de llamas, como sustento del nuevo Imperio. Lo que es claro es que Cuzco, la capital del futuro Imperio, se desarrolla diáfananamente entre el 1000 y 1400 d. C. y ya es un estado centralizado entre el 1200 y 1300 d. C.

Las campañas de expansión surgen hacia el 1400 d. C. y concluyen en 1530 d. C., cuando emergen conflictos internos, la primera guerra civil inca. Para extenderse, iniciaron

alianzas, acuerdos, pero además guerras. No menor era el reto de someter un vasto territorio con una de las topografías más accidentadas del mundo y con tantas fragmentaciones de etnias por abordar y traer bajo un solo régimen inca.

Para lograr semejante proyecto de tener bajo el régimen casi todos los Andes centrales, y gran parte de los septentrionales y meridionales, extendieron una impresionante red de caminos de unos 40000 km para desplazamiento de información, caravanas, militares, burocracia y correspondencia estatal. Se instalaron *tampus*, estaciones a lo largo de la red, y *chaski*, mensajeros al servicio del Estado, a más de un servicio de mantenimiento de estas redes de caminos.

Una serie de construcciones caracterizan al Imperio inca, entre ellas, enclaves imperiales para implantar la presencia del Estado: enclaves secundarios, con roles más bien administrativos y de recaudación e incluso de propagación del orden y sistemas de creencias, y finalmente nuevos centros administrativos extendidos por todo el Imperio, puestos de presencia inca macrorregionales.

También establecieron y controlaron enclaves de producción como maíz, coca, camélidos, tres elementos altamente requeridos por los incas para alimentación, incremento de fuerza de trabajo y ritos o eventualmente transporte, respectivamente. De manera similar, optimizaron los sistemas de depósitos (*qollka*) que llevaban unos cinco milenios de existencia en nuestros Andes, sobre todo destinados a las reservas del Estado y ejércitos que tenían como uno de los principales nutrientes el maíz. No obstante, también

erigieron fortificaciones cuando hubo la necesidad de protección o ataque, especialmente en zonas de frontera como Bolivia, Ecuador, Chile y noroeste argentino actuales.

Se especializaron en la manufactura de productos estandarizados y estilizados, seguramente bajo convenciones del Estado inca. Parte de ello se observa en la iconografía inca en los recipientes de cerámica, y en formas como aríbalos con cuellos largos, típicos de la factura imperial.

Uno de sus mayores logros, admirables hoy en día, es el trabajo de la piedra, tanto inmueble como mueble. La masividad de sus muros, pero además la perfecta unión de los bloques que los albañiles fabricaban no es aún, a pesar de haber sido explicado, reconstruido en su totalidad. Pocos informes hay todavía sobre los talleres donde desarrollaron este impresionante trabajo, transformación de las piedras en las formas y volúmenes que ellos deseaban. Por otro lado, uno no puede dejar de maravillarse cuando se considera que los enormes bloques no eran transportados por ruedas, sino por medio de simples troncos pequeños de árboles, es decir, a pura fuerza humana, que solo cabe explicar en respuesta a una autoridad deidad cuyo mandato era voz suprema.

Pero hay un arte lítico inca que es mobiliario, y que presentamos en este catálogo. Hemos hecho una variada selección para que el lector se dé cuenta del manejo que se tenía sobre diferentes materias primas.

Hay cuatro conopas (pequeños recipientes de piedra esculpidos en forma de camélidos usados en rituales) que han sido seleccionadas para este catálogo, no solo por la garantía que sean de factura inca, sino por la belleza en su manufactura. La pieza L-2825

es una conopa hecha de roca rosácea de aparentemente alto estado de silicificación. Dos conopas (L-21012 y L-1363) son bastante similares, pues ambas son hechas de basalto y representan alpacas. El grado de pulimento es bastante alto y tienen un excelente acabado. Para culminar con las conopas, exhibimos una (L-21370) hecha de roca cuarzosa blanquecina que representa una alpaca.

Presentamos además dos yupanas, a las cuales se han atribuido funciones de contabilidad, pero también lúdicas. La pieza L-20392 es una masiva yupana con áreas segmentadas en formas complejas y parece hecha de un tipo de andesina verdosa. Por otro lado, la pieza L-8450 se presenta más cuadrangular y con segmentaciones de cubículos en su parte superior menos irregulares que la previa expuesta. La materia prima se asemeja a un tipo de granito, o granodiorita.

Para esta ocasión hemos seleccionado dos porras, que son los supuestos instrumentos de combate inca. La pieza L-8824 presenta una forma de cruz ancha con un agujero central, evidentemente por donde se insertaba el mango. Presenta un alto grado de pulido. La L-2900 tiene la clásica forma estrellada inca. Las dos parecen rocas volcánicas de alto grado de sílice, bastante duras. La última en mención puede proceder de la zona de Nievería, Lima.

Disponemos de dos *pacchas* (recipientes rituales con forma de falo para uso con agua o algún otro líquido). La L-3156 es un recipiente oblongo, semi-rectangular, de bordes redondeados con un extremo a modo de mango, el cual recuerda a una forma de falo, pero además de serpiente en la parte de la cabeza. Es interesante notar que el canal de pase del líquido tiene

forma zigzagueante. La pieza L-3155 presenta una forma más llana, sin representación animal, sino que es más bien un recipiente con un apéndice en forma de mango que asemeja más bien un falo con un canal interno, al igual que el anterior, zigzagueante. Las piezas mencionadas son ya conocidas por las referencias de Rebeca Carrión Cachot en su famoso estudio del culto al agua. Ambas rocas recuerdan a la textura de la andesita, y a juzgar por la superficie, trabajadas desde un guijarro, ¡menudo trabajo lítico de ellas!

En representación de los morteros inca, el museo exhibe aquí la pieza L-8503 (comprada al Museo Escomel, Arequipa) que muestra dos asas horizontales con un motivo central espiralado y bandas verticales serpentiformes. Se halla extremadamente pulida, pero además desgastada. La roca empleada parece haber sido de tipo basal volcánica.

Los ejemplares L-8796 y L-8354, conocidos como *icllas*, son

representaciones de corontas de maíz de roca volcánica, aparentemente. Hay que recordar la importancia de esta planta durante el Imperio de los incas.

Hemos escogido también un cuenco (L-8459) típico inca, elaborado en roca volcánica y probablemente de un rodado, en el que se aprecia la representación de dos cabezas de animales (¿camélido?). El acabado, como en muchos de los casos, es extremadamente fino de un buen pulido.

Hay además dos hachas (L-8823 y L-8825), que suelen ser asociadas a agricultura de roce y quema. Ambas presentan un extenso trabajo de pulido y son de diferentes formas. La pieza L-8825 en efecto luce un borde de hacha que parece haber experimentado un fuerte y prolongado uso. Finalmente, presentamos la pieza L-8410, que es un recipiente en lo que podría ser un material basal o andesítico, y que evoca a los caleros o porta material orgánico (e. g. coca).



La Colección Lítica Del Museo Nacional: El Legado Más Remoto Del Perú

Hay dos traumas que la arqueología peruana parece padecer con respecto al material lítico. El primero, es el de la falta de formación de profesionales que aborden un estudio holístico de este tipo de material. Y aun habiéndolos, por lo general, los resultados de sus investigaciones se pierden en informes que pocos usan y más aún, se exhiben como números estadísticos de las famosas puntas de proyectil, que los arqueólogos, en su ignorancia, han hecho las líneas regentes de los estudios en este tipo de material. El segundo, es que cuando se piensa en lítico, se hace en la época temprana, y no posterior a las «grandes civilizaciones» andinas, pues para muchos el lítico no puede rivalizar como elemento frente a materiales sempiternos de culturas complejas como la cerámica, los metales, o las mismas obras arquitectónicas.

Ese es uno de los motivos por los cuales parece inconcebible asociar guijarrostallados con incas, y más bien se atribuyen a sociedades «no-complejas» como cazadores recolectores, pues un guijarro roto, allí sí cobra más sentido, según los arqueólogos convencionales. Y es que no se percatan que hasta en lugares incas como Pachacamac, las colecciones mobiliarias líticas están compuestas en su mayoría por esos guijarros que para algunos no tienen el valor de una estatuilla de metal inca.

Y si bien este catálogo no rompe con el mismo esquema de presentar arte y técnica como ejes prioritarios en su selección, invitamos al lector, o al potencial investigador, a adentrarse en cada uno de ellos, no como pieza de piedra aislada, solo con el fin de contemplar su belleza o su factura interesante, sino para a través de ellos descubrir cómo se organizó el peruano pasado para lograr hacerlo.

Cada pieza representa entonces una secuencia de eventos, desde el momento en que se decidió el color, la textura y la forma del bloque de piedra a tallar, pulir o *piquetar*, hasta el momento en el cual se usó y desechó, regaló a un hijo, o se puso en la tumba del familiar que acababa de morir. Esta secuencia de eventos implica desplazamiento de personas para buscar las rocas para trabajarlas, ensayos para experimentar con dichas rocas, la designación y organización de los modos técnicos para tallar o pulir las piedras, de lo cual seguramente dependía su eficacia, incluso desde la caza de algún animal, hasta la satisfacción de terminar de confeccionar una ofrenda lítica para el jefe que acaba de pasar a otra vida. Y luego, una vez enterrada, pasar por los años que han transcurrido, hasta que llegan a las manos de los arqueólogos hoy en día. Este proceso, que aún no se introduce suficiente en la arqueología andina lítica, presenta un gran potencial

para comprender las organizaciones pretéritas andinas.

La colección lítica del Museo Nacional dispone así de gran potencial, y está a la espera de que generaciones académicas la intervengan a fin de incrementar las investigaciones en torno a ella, tanto desde el lítico como informante del medio ambiente, como del mismo factor humano. Y es que, además de esta ventaja, se trata de la más larga que refleja el comportamiento humano, desde las épocas más remotas, cuando se tallaba

para hacer cuchillos para sobrevivir, hasta la magnificencia del arte masivo y mobiliario Inca, que parece haber «diluido» la piedra para llegar a confeccionar muros masivos con un perfecto encaje entre piedra y piedra. Gran legado el lítico, que seguramente deparará sorpresas cuando se examine en su totalidad, una oferta que el museo lanza ahora a la comunidad académica para luego hacerla de difusión al público, pero más importante aún, a los niños de las escuelas, la base de nuestro Perú futuro.



Z
,O
I
C
C
E
L
O
C



**ARTEFACTOS LÍTICOS DE
PIKIMACHAY, AYACUCHO
(ca. 14600 a. C.)**

L-7301

Lasca de guijarro, probablemente de tufo volcánico rojizo, que muestra evidencia de modificaciones intencionales o de uso en sus bordes.

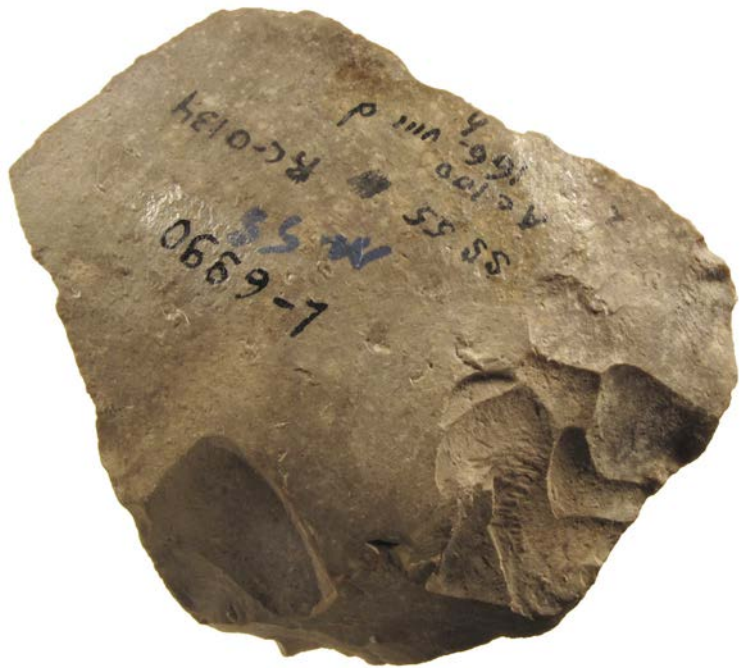
Complejo Ayacucho.

Dimensiones: largo: 66 mm; ancho: 58 mm; espesor: 23 mm.

L-7302

Lasca de material cuarzo-lechoso, probablemente procedente de la reducción de un bifaz. Complejo Ayacucho.

Dimensiones: largo: 31 mm; ancho: 55 mm; espesor: 14 mm.



L-6990
 Lasca grande retocada en su extremo distal. Es posible que haya sido usada. Complejo Ayacucho.
 Dimensiones: largo: 13.31 mm; ancho: 12.64 mm; espesor: 6.24 mm.



L-7299
 Lasca posiblemente de calcedonia y procedente de la reducción de un bifaz, con probables huellas de uso en su extremo distal.
 Dimensiones: largo: 9.53 mm; ancho: 8.01 mm; espesor: 2.81 mm.





**PREFORMAS TIPO CHIVATEROS,
LIMA
(ca. 7000 a. C.)**

L-7307

Esbozo de talla de metalodolita con evidencia de muy pocos impactos de percutor duro (guijarro), inicio de la secuencia de talla de puntas tipo Paiján. Dimensiones: largo: 194 mm; ancho: 96 mm; espesor: 77 mm.

L-2445

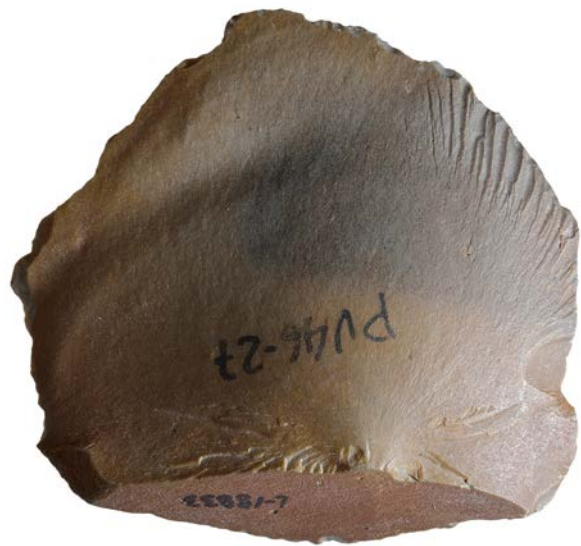
Bifaz o preforma tipo Chivateros regularizada de metalodolita, con presencia de más huellas de impacto por percutor duro y obtención de forma ovalada. Es un estadio posterior al de la talla de esbozos (cf. L-7307).

Dimensiones: largo: 134 mm; ancho: 67 mm; espesor: 33 mm.

L-8602

Preforma tipo Chivateros de metalodolita regularizada en forma más avanzada. Presenta forma lanceolada, alargada y posible reducción por percutor duro o blando de arenisca. Se nota la insinuación del inicio del despejo del pedúnculo, típico de las puntas Paiján.

Dimensiones: largo: 122 mm; ancho: 47 mm; espesor: 19 mm.



LASCAS DE DESECHOS DE TALLA DE CHIVATEROS
(ca. 7000 a. C.)

L-18658

Lasca ligeramente más larga que las demás que podría haber sido removida de la parte basal de una preforma.

Dimensiones: largo: 93 mm; ancho: 87 mm; espesor: 21 mm.

L-18833

Lasca secundaria de metalodolita, resultado de reducción bifacial de preformas, con superficie dorsal con patrón centrípeto.

Dimensiones: largo: 72.2 mm; ancho: 79.5 mm; espesor: 25.2 mm.

L-18676

Lasca secundaria típica de reducción bifacial de preformas. Es de metalodolita y presenta un reflejo que es un accidente de talla en su desprendimiento.

Dimensiones: largo: 84 mm; ancho: 80 mm; espesor: 38 mm.

L-8723

Percutor de un material basal, oscuro, que si bien no es del contexto cronológico de dicha ocupación, es posible inferir la ocurrencia de otros similares.

Dimensiones: largo: 120 mm; diámetro: 46 mm.



**PIEZAS FOLIÁCEAS O PREFORMAS DE PUNTAS TIPO PAIJÁN,
PAMPA DE LOS FÓSILES
(ca. 9000-8000 a. C.)**

L-8617

Pieza foliácea o preforma de punta tipo Paiján, Pampa de los Fósiles. Es de riolita y presenta dos extremos en forma de ápice, de modo que hay una reducción similar en sus dos extremos.

Dimensiones: largo: 96 mm; ancho: 31 mm; espesor: 12 mm.

L-8737

Pieza foliácea o preforma de punta tipo Paiján, Pampa de los Fósiles. Es de riolita. Tiene base convexa y un ápice relativamente agudo en su extremo distal, insinuando la forma de la punta final.

Dimensiones: largo: 102 mm; ancho: 44 mm; espesor: 23 mm.



**PUNTAS TIPO PAIJÁN, PAMPA DE
LOS FÓSILES**
(ca. 9000-8000 a. C.)

L-1418

Punta típica Paiján (probablemente andesita verdosa), cubierta por una pátina por su larga exposición al meteorismo. Pese a estar fracturada en su ápice, se puede observar la convexidad de sus bordes, su silueta alargada y el notorio pedúnculo.

Dimensiones: largo: 60 mm; ancho: 26.5 mm; espesor: 10 mm.

L-8616

Punta de tipo Paiján, ancha y elaborada en cuarzo. Tiene fragmentado parte del pedúnculo, pero la parte apical parece estar completa.

Dimensiones: largo: 64.5 mm; ancho: 30 mm; espesor: 14.5 mm.







**UTENSILIOS LÍTICOS DE LAS
CUEVAS DE LAURICOCHA,
HUÁNUCO
(ca. 9000-4000 a. C.)**

L-8666

Raeder convergente
(probablemente cuarcita), uno de los utensilios líticos exclusivos de la serie Lauricocha. Es posible que haya sido confeccionada a partir de una lasca, aunque se desconoce su uso. Dimensiones: largo: 73 mm; ancho: 41 mm; espesor: 13 mm.

L-8657

Utensilio reusado, punta bifacial-perforador. Originalmente se trató de una punta, que posteriormente ha sido modificada para hacer un perforador de punta algo gruesa. Su materia prima es probablemente cuarcita. Dimensiones: largo: 42.5 mm; ancho: 26.5 mm; espesor: 9 mm.

L-8654

Raspador discoidal (probablemente de calcedonia). Si bien no se conoce su uso, puede haber sido empleado para el procesamiento de pieles. Dimensiones: diámetro máximo: 38 mm; espesor: 14.5 mm.

L-21456

Raspador inguinal. Se suele usar en tratamiento de cueros. Dimensiones: alto: 32.5 mm; ancho: 20 mm; espesor: 10.5 mm.

L-8726

Bipunta. Es probable que su base simplemente responda a una modificación o inserción en el vástago en el que se usó. Dimensiones: largo: 64 mm; ancho: 16 mm; espesor: 9 mm.

L-8643 (cod. ant. L-9125)

Punta típica bifacial de base convexa y forma foliácea. Dimensiones: largo: 57 mm; ancho: 18 mm; espesor: 9 mm.

L-8647 (cod. ant. L-9112)

Punta típica de base cóncava en la modalidad de las series del sur andino. Es probable que haya sido hecha de cuarzo. Dimensiones: largo: 39 mm; ancho: 16 mm; espesor: 6 mm.



**UTENSILIOS LÍTICOS DE QUISHQUI
PUNKU. CALLEJÓN DE HUAYLAS,
ANCASH
(ca. 9000-3000 a. C.)**

L-12714

Punta de pizarra (¿arenisca?) lanceolada, de sección hexagonal, color acerado, similar a las que aparecen en otros lugares de los Andes centrales.

Dimensiones: largo: 95.5 mm; ancho: 22.5 mm; espesor: 6 mm.

L-12729

Fragmento de base de una punta de tipo «cola de pescado», hecha probablemente en una variedad de cuarzo de alto grado de silificación. Se nota talla por medio de percusión blanda y retoque a presión.

Dimensiones: largo: 24.5 mm; ancho: 26.2 mm; espesor: 6 mm.

L-12219

Pieza rectangular retocada muy marginalmente sobre sus bordes. Ha sido elaborada en una lasca alargada o una especie de lámina obtenida probablemente por medio de percusión blanda.

Dimensiones: largo: 30.5 mm; ancho: 22 mm; espesor: 6.5 mm.

L-12210

Pieza que asemeja a una punta de proyectil. Por la proyección desviada de su eje, da la impresión de que fue un perforador. Puede haberse empleado en trabajos como perforar huesos, madera o cueros. Dimensiones: largo: 32 mm; ancho: 16.7 mm; espesor: 9 mm.

L-12136

Punta bifacial de forma romboidal, frecuente en épocas no tan tempranas durante el Precerámico. Está hecha en un tipo de roca cuarzosa.

Dimensiones: largo: 30 mm; ancho: 16 mm; espesor: 5 mm.

L-13299

Laminilla con cresta, típica de la tecnología laminar, escasa en los Andes peruanos, aunque son frecuentes en otras partes de América. Denota funciones que aún no son posibles de reconstruir.

Dimensiones: largo: 43 mm; ancho: 11 mm; espesor: 6.5 mm.

L-12934

Fragmento de laminilla, similar a L-13299, que también remite a la tecnología laminar.

Dimensiones: largo: 25.1 mm; ancho: 10 mm; espesor: 4 mm.

L-11847

Punta bifacial «teardrop». Ha sido elaborada por medio de un cuidadoso retoque en sus bordes.

Dimensiones: largo: 24 mm; ancho: 16 mm; espesor: 4 mm.

L-12185

Pieza elaborada en un soporte alargado que puede haber resultado de alguna forma laminar, que se asemeja a un raspador. Si bien tiene un frente algo irregular, puede especularse que sirvió para procesar cueros.

Dimensiones: largo: 46.9 mm; ancho: 20 mm; espesor: 12.5 mm.









**HERRAMIENTAS DE PIEDRA DEL
ABRIGO DE TELARMACHAY, SAN
PEDRO DE CAJAS, JUNÍN
(ca. 7000-2000 a. C.)**

L-15643

Punta probablemente de basalto, pentagonal, de base recta, con talla por presión.

Dimensiones: largo: 32 mm; ancho: 15 mm; espesor: 8 mm.

L-16050

Bipunta, posiblemente de basalto, presenta pátina con fino retoque por presión, que ha terminado en un extremo distal bastante estrecho y punzante.

Dimensiones: largo: 51.5 mm; ancho: 14 mm; espesor: 7 mm.

L-16701

Punta típica andina, foliácea de forma lanceolada, probablemente de basalto, también denota retoque por presión.

Dimensiones: largo: 46 mm; ancho: 13 mm; espesor: 7 mm.

L-15695

Punta conocida como «teardrop», pequeña, elaborada con material basal.

Dimensiones: largo: 30 mm; ancho: 16 mm; espesor: 6 mm.

L-17000

Punta alargada, de forma rectangular, similar al tipo «baguette», aunque en formato más pequeño. Ha sido elaborada en roca basal oscura, por medio de un cuidadoso retoque por presión.

Dimensiones: largo: 53 mm; ancho: 12.5 mm; espesor: 7.5 mm.



L-16041

Punta foliácea ligeramente ancha, una de las variedades de los Andes centrales.

Se le ha aplicado retoque que ha configurado una suerte de denticulación en sus bordes.

Dimensiones: largo: 36 mm; ancho: 15 mm; espesor: 6 mm.

L-15825

Esta pieza puede representar una de las fases finales de la punta foliácea. Presenta talla de reducción bifacial que parece hecha por medio de percutor blando o, en todo caso, pequeño. La roca empleada es basal.

Dimensiones: largo: 69 mm; ancho: 16 mm; espesor: 8 mm.



L-16697

Pieza que se asemeja a una bipunta aparentemente de cuarzo blanco-lechoso.

Dimensiones: largo: 30 mm; ancho: 13 mm; espesor: 8 mm.

L-15573

Punta foliácea con los típicos «alerones» de la sierra central que recuerdan a piezas del Holoceno Temprano. Está elaborada en basalto, probablemente a partir de una lasca. La presencia de diaclasas denotan un problema en el momento de la reducción. Es posible que haya sido usada en la caza.

Dimensiones: largo: 40 mm; ancho: 13.5 mm; espesor: 8 mm.



HERRAMIENTAS DE PIEDRA DEL ABRIGO DE TELARMACHAY, SAN PEDRO DE CAJAS, JUNÍN
(ca. 7000-2000 a. C.)

L-14809

Típica laminilla transformada en raspador, probablemente para preparar pieles, según los análisis de traceología hechos en dicho yacimiento.

Dimensiones: largo: 38.5 mm; ancho: 17 mm; espesor: 6 mm.

L-14820

Lámina en cuyo extremo distal se ha aplicado un retoque, que, como en el caso anterior, se ha terminado en forma de raspador, seguramente para el tratamiento de pieles.

Dimensiones: largo: 55 mm; ancho: 24 mm; espesor: 12 mm.

L-16552

Lámina algo desviada, pero que documenta el empleo de tecnología laminar en este yacimiento. Ha sido removida por medio de percutor duro, previa preparación del núcleo. Presenta retoque, posiblemente de uso.

Dimensiones: largo: 69 mm; ancho: 20.5 mm; espesor: 11.2 mm.



**HERRAMIENTAS DE PIEDRA DEL ABRIGO DE
TELARMACHAY, SAN PEDRO DE CAJAS, JUNÍN**
(ca. 7000-2000 a. C.)

L-16864

Percutor de guijarro, unipolar, con
huellas medianas de desgaste.
Dimensiones: largo: 87.5 mm; ancho:
73 mm; espesor: 57.5 mm.

L-16860.1

Núcleo de basalto, ortogonal.
Nótese el aprovechamiento para
la remoción de lascas, típico de los
núcleos líticos andinos centrales.
Dimensiones: largo: 58 mm; ancho:
83 mm; espesor: 62 mm.

L-16860.2.

Desecho de talla, lo que indica que
en el abrigo de Telarmachay hubo
un taller lítico.
Dimensiones: largo: 26 mm; ancho:
27.8 mm; espesor: 23.2 mm.

**PIEZAS PROCEDENTES DE LA
GALGADA, ANCASH
(ca. 2300 a. C.)**

L-19748

**Pequeño vaso de piedra hecho
posiblemente a base de roca
volcánica basal y local. Tiene diseños
escalonados en bajo relieve.**

Dimensiones: alto: 89 mm; diámetro
mayor: 79 mm; diámetro menor:
69 mm.

L-19749 y L-19750

**Pequeño mortero de roca
metamórfica verde (¿andesita?) con
su respectiva mano.**

Dimensiones: L-19749: alto: 83 mm;
diámetro mayor: 130 mm; diámetro
menor: 122 mm;
L-19750: alto: 135 mm; diámetro
mayor: 55 mm.



**MONOLITOS DE CERRO SECHÍN,
CASMA, ANCASH
(ca. 1900 a. C.)**

L-8832

**Monolito Sechín. Personaje de medio
cuerpo superior con ojos cerrados.**

Dimensiones: alto: 1660 mm; ancho:
780 mm; profundidad: 1000 mm.





L-8747

**Monolito Sechín. Representación
de intestinos humanos.**

Dimensiones: alto: 1460 mm;
ancho: 500 mm; profundidad:
546 mm.

L-8746

**Monolito Sechín. Representación
de la mitad inferior de un
cuerpo humano con piernas
entrecruzadas y exhibiendo
intestinos.**

Dimensiones: alto: 1190 mm;
ancho: 644 mm; profundidad:
313 mm.





**PUNKURÍ: UN ENTIERRO Y LOS
CAMBIOS EN EL TEMPLO
(2500-1500 a. C.)**

L-22275

Mortero ceremonial cilíndrico. Presenta figuras escalonadas y geométricas. Fue hallado en el relleno constructivo del templo, como ofrenda asociada a un entierro humano.

Dimensiones: alto: 230 mm; diámetro: 300 mm.

L-22276

Mano de mortero con representaciones geométricas esquematizadas incisas. Al igual que la pieza L-22275, forma parte del conjunto de ofrendas del entierro.

Dimensiones: alto: 633 mm; diámetro: 85 mm.

L-22277

Fragmento de mano de mortero con representaciones geométricas esquematizadas incisas.

Dimensiones: alto: 385 mm; diámetro: 43 mm.



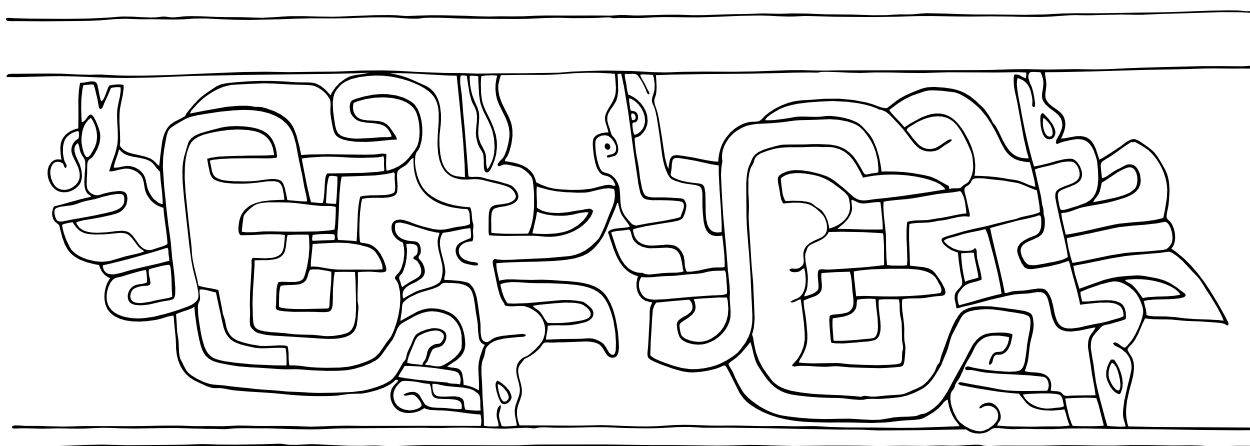


PIEZAS CUPISNIQUE Y CHAVÍN

L-13639

Pequeño mortero en roca volcánica
ámbar con representación
«dragoniana» en pleno estilo
Cupisnique, procedente de la costa
norte.

Dimensiones: alto: 35 mm; diámetro:
37 mm.





L-13640

Vaso pequeño probablemente de turmalina, procedente de Ancón.

Tiene una representación de un animal dentado mítico que recuerda la iconografía Chavín de la costa central peruana (ca. 400 a. C.).

Dimensiones: alto: 29.5 mm; diámetro máximo 29 mm.

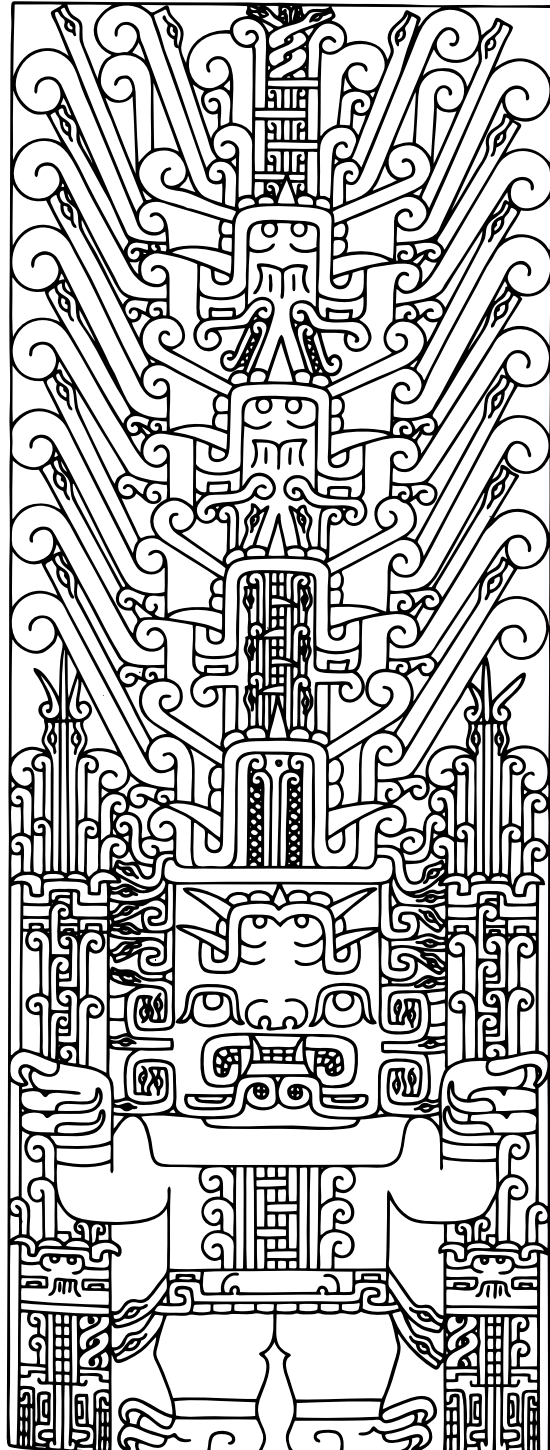


ESTELA RAIMONDI

L-8741

Se trata de una representación sobre una laja de granito de un ser antropomorfo con una serie de mixturas que recuerdan a la divinidad suprema, el jaguar, en su aspecto antropomorfo.

Dimensiones: largo: 1995 mm; ancho: 744 mm; profundidad: 150 mm.







TEMPLO DE CHAVÍN DE HUÁNTAR

L-8929

Cabeza clava original de forma redondeada, labios gruesos, fauces espatuladas y grabados sobre la nariz. Originalmente expuesta sobre los muros del templo.

Dimensiones: alto: 340 mm; ancho: 270 mm.



RL-001.

Réplica de cabeza clava con aspecto cadavérico, con moño y suturas sobre la boca.

Dimensiones: alto: 585 mm; ancho: 470 mm; profundidad: 805 mm.



RL-002.

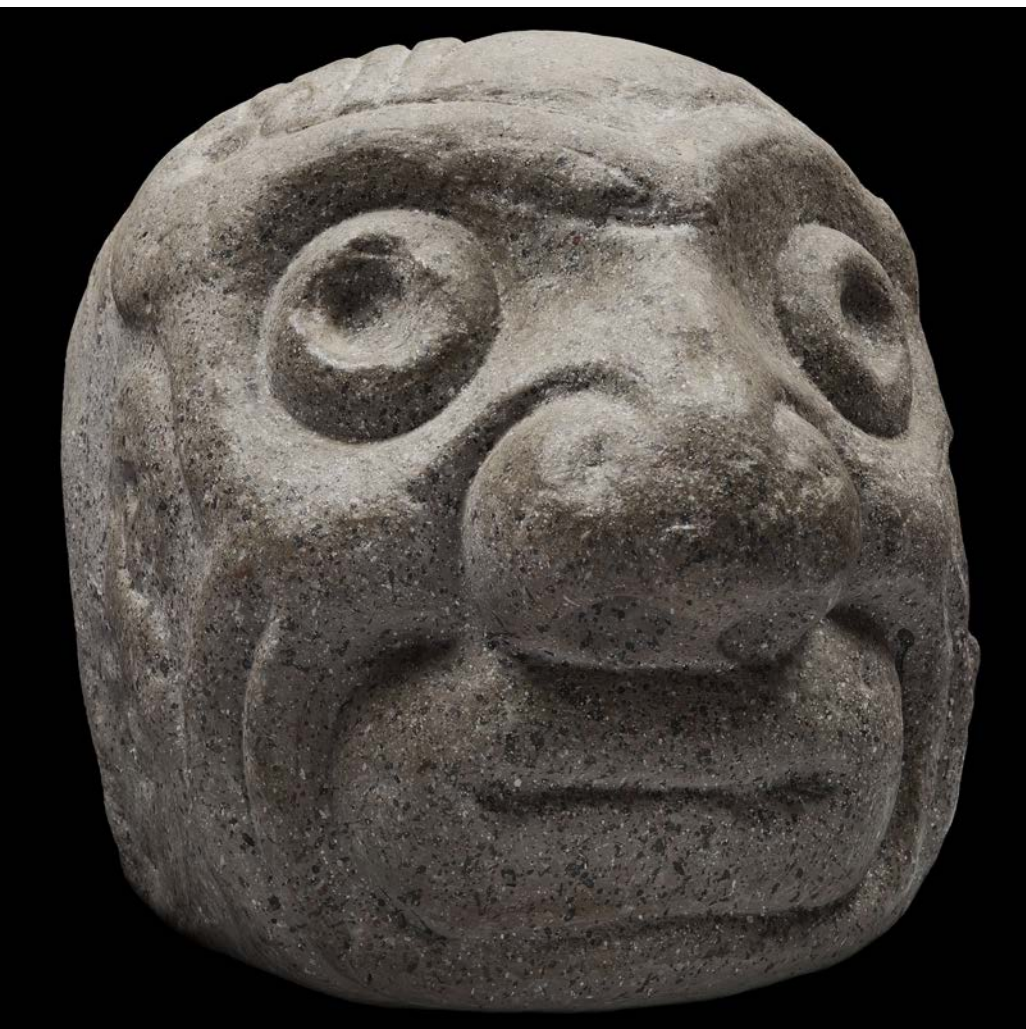
Réplica de cabeza clava de Chavín de Huántar. Se trata de la cabeza clava más grande del lugar. Muestra a un ser fantástico de cuyas fosas nasales se proyectan volutas.

Dimensiones: alto: 600 mm; ancho: 460 mm.



RI-004

Réplica de cabeza clava con fauces, colmillos y penachos en forma de serpiente sobre la frente. Tiene un aspecto cadavérico y recuerda en alguna forma a la cabeza de un ave.
Dimensiones: alto: 600 mm; ancho: 575 mm.



RI-007

Réplica de cabeza clava de un aspecto más realista, originalmente de cuarcita, con labios notorios y fuerte aplastamiento de la nariz.
Dimensiones: alto: 283 mm; ancho: 310 mm; profundidad: 470 mm.

ESTELA LÍTICA DE PUCARA

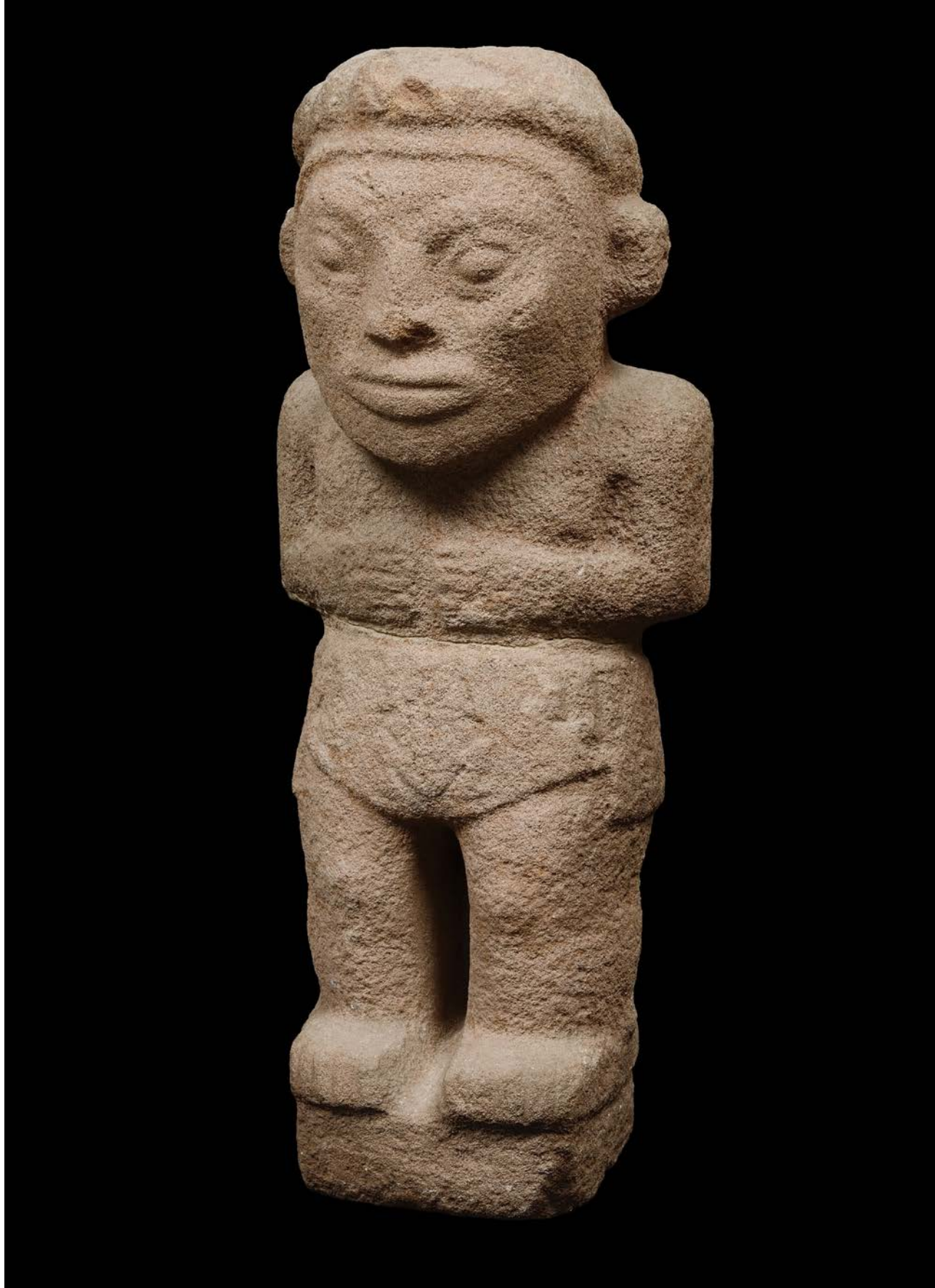
L-8775

Estela de estilo Pucara. Lápida con diseño de líneas serpentiniformes y animales similares a lagartos o iguanas.

Dimensiones: alto: 2000 mm; ancho: 750 mm; profundidad: 280 mm.







L-8776

Estela de estilo Pucara con diseños
escalonados y chacanas y cruces.
Dimensiones: alto: 1500 mm; ancho:
500 mm; profundidad: 300 mm.

ARTE LÍTICO PUCARA

L-8778

Estatuilla con ojos de forma de grano
de café y manos sobre el vientre,
procedente del sitio epónimo de
Pucara.

Dimensiones: alto: 435 mm; ancho:
176 mm; profundidad: 135 mm.



L-1020

Pequeña escultura de estilo Pucara, de forma humana con faldellín y manos que sostienen instrumentos.

Dimensiones: alto: 50 mm; ancho: 13 mm; profundidad: 15 mm.



L-7382

Fragmento de recipiente de estilo Pucara y procedente del mismo sitio. Muestra un rostro de forma rectangular con ojos ovalados y de cuya cabeza se proyectan apéndices que terminan en serpientes, el cual recuerda al Dios de los Báculos del

Formativo andino.

Dimensiones: alto: 136 mm; ancho: 244 mm; profundidad: 26 mm.

PUNTAS DE OBSIDIANA DE PARACAS

L-406

Punta de obsidiana color acaramelado, Wari Kayan, Paracas.

Dimensiones: alto: 51.6 mm; ancho: 22 mm; profundidad: 7 mm.

L-411

Punta de obsidiana, Wari Kayan, Paracas.

Dimensiones: alto: 60.2 mm; ancho: 43 mm; profundidad: 7.9 mm.



PUNTAS DE OBSIDIANA DE PARACAS

L-14024

Punta de obsidiana enmangada, cementerio de Wari Kayan, Paracas.

Dimensiones de la punta lítica: alto: 46.5 mm; ancho: 34 mm; profundidad: 6.4 mm.

L-14025

Punta de obsidiana enmangada, asociada a la momia 28, cementerio de Wari Kayan, Paracas.

Dimensiones de la punta lítica: alto: 95.7 mm; ancho: 58 mm; profundidad: 13.5 mm.





LASCAS Y LÁMINAS DE PARACAS

L-571

Lámina de obsidiana, removida de un núcleo preparado para láminas.
Dimensiones: alto: 140.8 mm; ancho: 55 mm; profundidad: 15.5 mm.

L-170

Lasca tipo Kombewa (disco cortante) de obsidiana, Paracas.
Dimensiones: alto: 72.4 mm; ancho: 97.3 mm; profundidad: 12 mm.

L-221

Lasca tipo Kombewa (disco cortante) de obsidiana. Paracas.
Dimensiones: alto: 68 mm; ancho: 54 mm; profundidad: 8 mm.



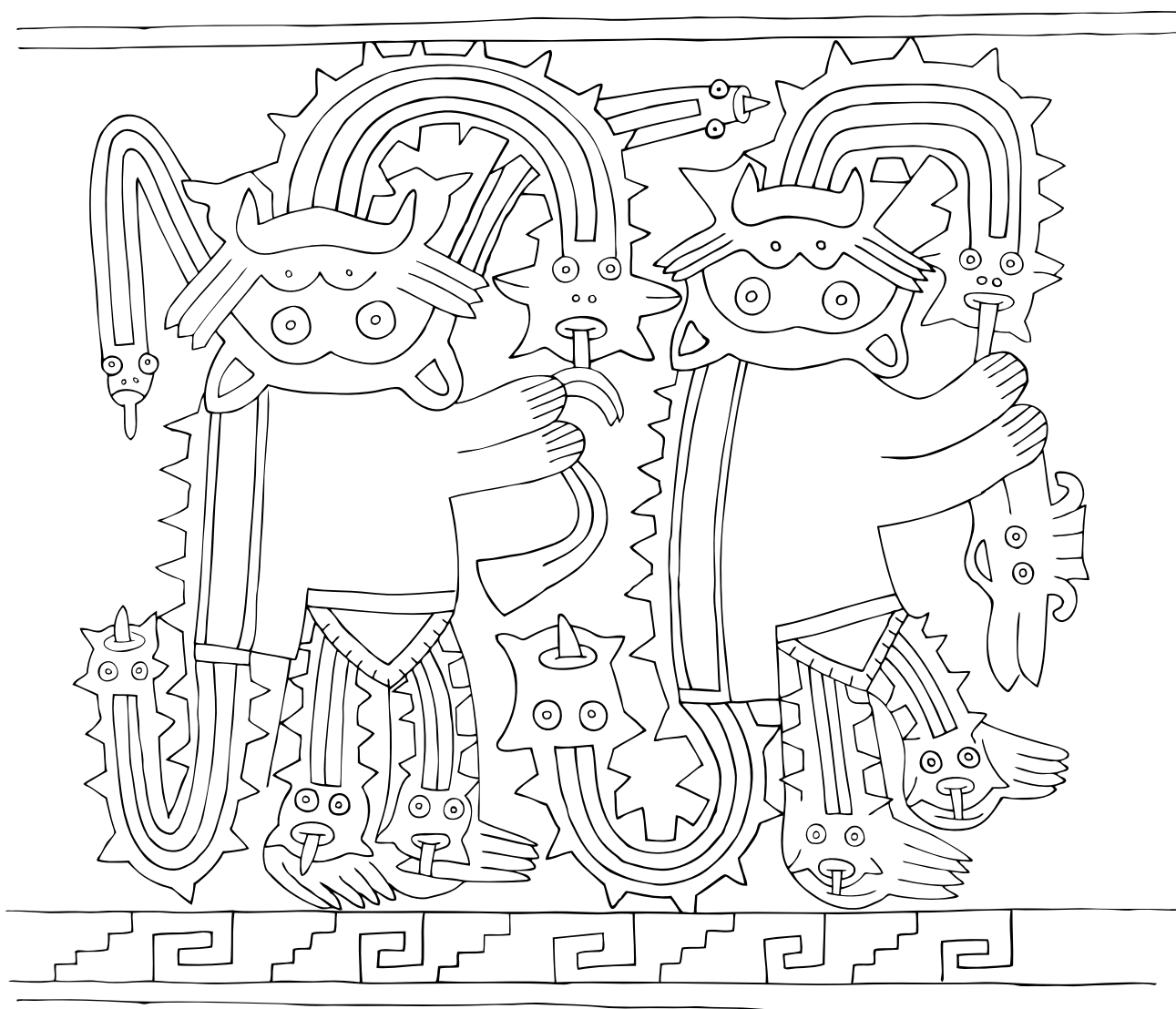


ARTEFACTOS LÍTICOS NASCA

L-8782

Vaso lítico con representación
de deidad felínica con tocado de
serpientes, Cahuachi, cultura Nasca.

Dimensiones: alto: 260 mm; diámetro
mayor 85.7 mm; diámetro menor:
75.6 mm.







ARTEFACTOS LÍTICOS NASCA

L-21301

**Punta de obsidiana insertada en
vástago de madera con posible
resina, cementerio de Las Trancas,
Nazca.**

Dimensiones de la punta lítica: alto:
32 mm; ancho: 22 mm; profundidad:
6 mm.



**PIEZAS DEL SITIO DE HUAYURCO,
JAÉN (700 a. C.-500 d. C.)**

L-8764

Cuenco elaborado en roca volcánica ácida, que muestra grecas, típicas del patrón de diseño decorativo del primer milenio de poblaciones de ceja de selva.

Dimensiones: alto: 100 mm; diámetro mayor: 263 mm.

L-8768

Cuenco jaspeado pulido.

Dimensiones: alto: 80 mm; diámetro mayor: 152 mm.

L-8767

Pequeño cuenco de ónix jaspeado.

Dimensiones: alto: 50 mm; diámetro mayor: 146 mm.



LÁPIDAS RECUAY

L-8546

Lápida Recuay que representa a felino en estilo naturalista, probablemente del sitio epónimo.

Dimensiones: alto: 393 mm; ancho: 543 mm; espesor: 138 mm.

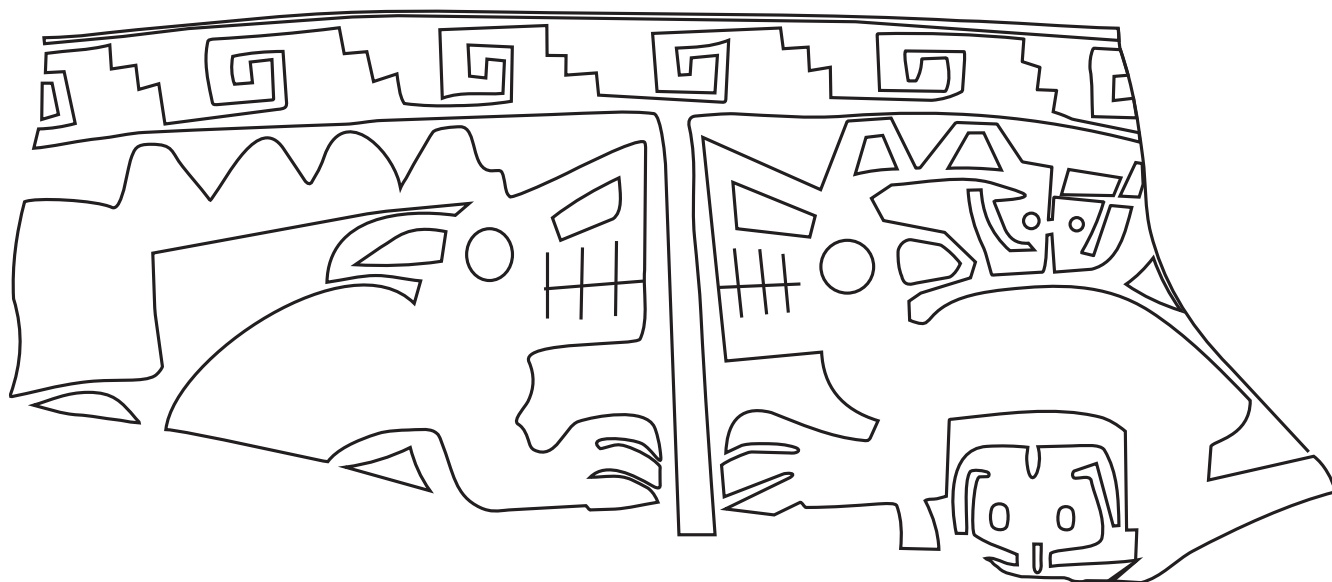


L-8543
Lápida Recuay que representa a
felino en estilo geométrico, con
rostro semejante a un humano.
Dimensiones: alto: 415 mm; ancho:
520 mm; espesor: 230 mm.

L-8518
Monolito Recuay que representa
a personaje que porta dos
objetos, uno en cada mano.
Dimensiones: alto: 490 mm;
ancho: 250 mm; espesor:
260 mm.







L-8831

Monolito Recuay que representa a personaje sentado con cofia en la cabeza, procedente de Aija.

Dimensiones: alto: 900 mm; ancho: 375 mm; espesor: 395 mm.

CUENCOS LÍTICOS RECUAY

L-21297

Fragmento de cuenco con pedestal lítico, con representaciones de posibles cérvidos o felinos, grabados. Pashash (¿basalto?).

Dimensiones: alto: 48 mm; ancho: 97 mm; profundidad: 6 mm.



L-19259

Cuenco con pedestal lítico y diseños aplicados con crisocola (¿), Pashash (¿andesita?).

Dimensiones: alto: 73 mm; diámetro máximo: 112 mm.





CABEZA CLAVA RECUAY

L-8495

**Cabeza clava con orejas Recuay,
de Cabana.**

Dimensiones: alto: 40 mm; ancho:
25 mm; profundidad: 24.5 mm.

ESTATUILLAS HUARI

L-21352

Pequeña escultura tipo Huari, de forma humana con banda en la cabeza, de crisocola o turquesa. Pampa Melchorita, Ayacucho. Dimensiones: alto: 14 mm; ancho: 8 mm; largo: 9 mm.

M-5798

Estatuilla de crisocola tipo Huari. Miramar, Ancón. Dimensiones: alto: 54 mm; ancho máximo: 20 mm; ancho mínimo: 18 mm.

M-5778

Figura de turquesa o crisocola en estilo Huari procedente de Nazca. Dimensiones: alto: 35 mm; ancho máximo: 17 mm; ancho mínimo: 16 mm.

M-5777

Pequeña estatua, hecha de turquesa, de estilo Huari y de procedencia incierta (tal vez Nazca o Ayacucho). Dimensiones: alto: 32 mm; ancho máximo: 27 mm; ancho mínimo: 25 mm.

M-6079

Estatuilla de factura Huari que representa a un personaje (tal vez femenino) con una cofia en forma de cuenco invertido y túnica larga, procedente de Nazca. Dimensiones: alto: 21 mm; ancho máximo: 11 mm; ancho mínimo: 18 mm.

M-5779

Figura de turquesa o crisocola en estilo Huari procedente de Chulpaka, Nazca, Ica. Muestra una cofia en forma de felino. Dimensiones: alto: 37 mm; ancho: 19 mm; profundidad: 20 mm.

M-6080

Pequeña statuilla en estilo Huari que parece mostrar un mono, procedente de Nazca. Dimensiones: alto: 21 mm; ancho máximo: 10 mm; ancho mínimo: 10 mm.



TABLERO HUARI

Pág. 100-101

L-21351

Tablero Huari que recuerda a yupana Inca, Pampa Melchorita, Ayacucho. Dimensiones: largo: 209 mm; ancho: 243 mm; alto: 91 mm.









COLLARES HUARI

M-5756

Collar de cuentas de piedra, entre ellas posible lapislázuli, con representaciones de Spondyllus. Miramar, Ancón.

Dimensiones: largo 18.8 mm.

M-5754

Collar de cuentas de piedra (que incluye crisocola), estilo Huari. Miramar, Ancón.

Dimensiones: largo: 23.2 mm.

M-5749

Collar de cuentas de estilo Huari hecho de amatistas y cuarzos (cementerio de Nievería, Rimac, Lima).

Dimensiones: largo 28.2 mm.





CONOPAS INCAS

L-21370

Conopa Inca hecha de roca cuarzosa blanquecina que representa una alpaca.

Dimensiones: alto: 62 mm; ancho: 39 mm; largo: 82 mm.

L-2825

Conopa Inca que representa una llama.

Dimensiones: alto: 84 mm; ancho: 45 mm; largo: 69 mm.

L-1363

Conopa Inca que representa una alpaca, probablemente de basalto.

Dimensiones: alto: 73 mm; ancho: 39 mm; largo: 91 mm.

L-21012

Conopa Inca que representa una alpaca, probablemente de basalto.

Dimensiones: alto: 96 mm; ancho: 145 mm; largo: 67 mm.







YUPANAS INCA

Pág. 106-107

L-20392

Yupana Inca.

Dimensiones: largo: 251 mm; ancho: 250 mm; alto: 167 mm.

L-8450

Yupana Inca.

Dimensiones: largo: 370 mm; ancho: 270 mm; alto: 100 mm.







PORRAS INCA

L-8824

Porra Inca en forma de cruz.

Dimensiones: alto: 94.2 mm; espesor:
21.6 mm.



L-2900
Porra Inca en forma estrellada
(posiblemente del cementerio de
Nievería).
Dimensiones: alto: 128 mm; espesor:
50 mm.



PACCHA INCA

L-3156

**Paccha Inca (recipiente ritual con
forma de falo).**

Dimensiones: largo: 460 mm; ancho:
132 mm.



L-3155

**Paccha Inca (recipiente ritual con
forma de falo).**

Dimensiones: largo: 310 mm; ancho:
155 mm; profundidad: 100 mm.









ICLLAS Y CUENCO INCA

L-8459

Cuenco típico Inca, elaborado con roca volcánica, con representación de dos cabezas probablemente de camélido.

Dimensiones: alto: 295 mm; ancho: 190 mm; espesor: 80 mm.

L-8796

Iccla Inca. Coronta de maíz.

Dimensiones: largo: 120 mm; diámetro: 26,4 mm.

L-8354

Iccla Inca. Coronta de maíz.

Dimensiones: largo: 112,2 mm; diámetro: 36,6 mm.



MORTERO INCA

L-8503

Mortero Inca con motivo central
espiralado y bandas verticales
serpentiformes.

Dimensiones: diámetro: 590 mm.

HACHAS INCA

L-8823

Hacha pulida Inca.

Dimensiones: alto: 100 mm;
espesor: 36 mm.

L-8825

Hacha pulida Inca.

Dimensiones: largo: 190 mm;
espesor: 45 mm.



Bibliografía

Fuentes Primarias

Lima, Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MNAAHP), Fondo Bibliográfico de Estudios Históricos y Arqueológicos (FBEHA).

- 1874. Archivo Museo Nacional (MN), Legajo 31 (MN-4860).
- 1874. Archivo Museo Nacional (MN), Legajo 31 (MN-4861).
- 1874. Archivo Museo Nacional (MN), Legajo 31 (MN-4862).
- 1873. Archivo Museo Nacional (MN), Legajo 31 (MN-4863).
- 1940. Archivo Museo Nacional de Antropología y Arqueología (MNAA), Correspondencia Oficial, Vol. 115 – 222.
- 1958. Archivo Tello 630 – (41) – Exp. 58/005.
- 2008. Archivo Institucional, Documentos Recibidos, INC, Dirección Nacional, Memorando N° 040-2008-INC-DN.

Fuentes Secundarias

- Burger, Richard L. 2008. «Chavin de Huantar and its Sphere of Influence». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp: 681-706.
- Cano, Carlos. 2010a. Informe técnico limpieza «estela de Raimondi». Instituto Nacional de Cultura. Dirección de Museo Arqueología, Antropología e Historia del Perú - Lima Mayo.
- Cano, Carlos. 2010b. Informe final sobre el tratamiento de la estructura lítica «estela de Raimondi». Instituto Nacional de Cultura. Dirección del Museo de Arqueología, Antropología e Historia del Perú - Lima Agosto.
- Cardich, Augusto. 1964. *Lauricocha: Fundamentos para una prehistoria de los Andes centrales*. Studia Praehistorica III. Buenos Aires: Centro Argentino de Estudios Prehistóricos.
- Chauchat, Claude. 1992. *Préhistoire de la Côte Nord du Pérou. Le Paijanien de Cupisnique*. Cahiers du Quaternaire. París: CNRS.

- Covey, Alan R. 2008. «The Inca Empire». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp: 809-830.
- Clasby, Ryan y Jorge Meneses. 2012. «Nuevas investigaciones en Huayurco: Resultados iniciales de las excavaciones de un sitio de la ceja de selva de los Andes peruanos». *Arqueología y Sociedad*, n° 25, pp. 303-326.
- Dillehay, Tom D. (ed.) 2011. *From Foraging to Farming in the Andes. New Perspectives on Food Production and Social Organization*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Fuchs, Peter R., Renate Patzschke, Germán Yenque y Jesús Briceño. 2009. «Del Arcaico Tardío al Formativo Temprano: las investigaciones en Sechín Bajo, valle de Casma». *Boletín de Arqueología PUCP*, n° 13, pp. 55-86.
- Grieder, Terence, Alberto Bueno Mendoza, C. Earle Smith, y Robert Malina. 1988. *La Galgada. A Pre-ceramic Culture in Transition*. Austin: University of Texas Press.
- Hastorf, Christine A. 2008. «The Formative Period in the Titicaca Basin». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 545-561.
- Isbell, William. 2008. «Wari and Tiwanaku: International Identities in the Central Andean Middle Horizon». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 731-758.
- Klarich, Elizabeth. 2004. «From the Monumental to the Mundane: Defining Early Leadership Strategies at Late Formative Pukara, Peru». Ph. D. dissertation. Department of Anthropology, University of California-Santa Barbara.
- Lathrap, Donald. 1970. *The Upper Amazon*. Londres: Thames and Hudson.
- Lau, George. 2002. «The Recuay Culture of Peru's North Central Highland. A Reappraisal of Chronology and its Implications». *Journal of Field Archaeology*, Vol. 29, n° 1-2, pp. 177-202.
- Lau, George. 2008. «Ancestor images of the Andes». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 1027-1045.
- Lavallée, Daniele (ed.). 1985. *Telarmachay. Chasseurs et pasteurs préhistoriques des Andes*. 2 vols. París: Éd. Recherches sur les Civilisations.
- León, Elmo. 2013. «Paracas: tiempo y cultura». *Paracas*. (Catálogo de la exposición). Lima: Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Ministerio de Cultura.
- Lynch, Thomas. 1971 «Pre-ceramic Transhumance in the Callejon de Huaylas, Peru». *American Antiquity*, Vol. 36, n° 2, pp. 139-148. Society for American Archaeology.
- MacNeish, Richard S.; Vierra, Robert K.; Nelken-Terner, Antoinette; Phagan, Carl J. 1980. *The Prehistory of the Ayacucho Basin, Peru*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Pelegrin, Jacques; Chauchat, Claude. 1993. «Tecnología y función de las puntas de Paiján: el aporte de la experimentación». *Latin American Antiquity*, Vol. 4, n° 4: 367-382.

- Polo, José Toribio. 1900. *La piedra de Chavín*. Lima: Imprenta y librería de San Pedro.
- Proulx, Donald. 2008. «Paracas and Nasca: Regional Cultures on the South Coast of Peru». En H. Silverman y W. Isbell (eds.): *Handbook of South American Archaeology*. Nueva York: Springer, pp. 563-585.
- Raimondi, Antonio. 1873. *El departamento de Ancachs y sus riquezas minerales*. Publicado por Enrique Meiggs. Lima: Imprenta de «El Nacional» por Pedro Lira.
- Ravines, Roger. 1989. *Los Museos del Perú. Breve historia y guía*. Lima: Dirección General de Museos, Instituto Nacional de Cultura.
- Silverman, Helaine. 1991. «The Paracas Problem: Archaeological Perspectives». En A. Paul (Ed.): *Paracas art and architecture: Object and context in South Coastal Peru*. Iowa City: University of Iowa Press; pp. 349-416.
- Temple, Reyna. 1998. «Historia de la estela». *Andesita*, Boletín del departamento de Líticos, N° 2, Junio, pp. 71-72. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.
- Tello, Julio César. 1956. *Arqueología del valle de Casma. Culturas: Chavín, Santa o Huaylas Yunga y Sub-Chimú*. Informe de los trabajos de la expedición arqueológica al Marañón de 1937. Lima: Editorial San Marcos.
- Tello, Julio César. 1960. *Chavín, cultura matriz de la civilización andina*. Primera parte. Lima: UNMSM.
- Tello, Julio César. 2005. «Arqueología del Valle de Nepeña. Excavaciones en Cerro Blanco y Punkurí». Cuadernos de Investigación del Archivo Tello N° 4. Lima: CEPREDIM UNMSM.
- Tello, Julio César y Toribio Mejía Xesspe. 1967. «Historia de los museos nacionales del Perú, 1822-1946». *Arqueológicas*, Vol. 10. Publicaciones del Instituto de Investigaciones Antropológicas. Lima.
- Villacorta Ostolaza, Luis Felipe. 2006 [1873]. «Antonio Raimondi y el departamento de Áncash: historia y construcción de un vínculo científico, personal y simbólico». En Antonio Raimondi: *Colección estudios geológicos y mineros para la obra «El Perú»*. Vol. II. El departamento de Ancachs. Compilación e introducción de Luis Felipe Villacorta Ostolaza. Clásicos Sanmarquinos. Primera edición. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 21-96.
- Zenker, Rosmery. 1998. «Ensayo interpretativo de las relaciones entre los materiales lítico y textil de Chavín». *Andesita*, Boletín del departamento de Líticos, N° 2, Junio, pp. 45-52. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú.

RELACIÓN DE PIEZAS SEGÚN PROCEDENCIA

PROCEDENCIA		NÚMERO DE PIEZAS
1	Abiseo	3
2	Achutilla - Lurín	3
3	Acomachay ¹	420
4	Acuchimachay	2
5	Alca	2
6	Algarrobal	1
7	Allacuran	16
8	Alto Azupisu	1
9	Alto Cuñumbuza	1
10	Alto Pachitea	1
11	América del Norte	13
12	Ancón	716
13	Animas	98
14	Antacocha	26
15	Antofagasta	9
16	Apurímac	6
17	Armatambo	6
18	Asentamiento Humano «Villa Los Reyes»	1
19	Asia	3
20	Asia Malena	1
21	Atocongo	1
22	Aukiwillka	2
23	Aya Orgu	1
24	Ayamachay	62
25	B. Murizo	1
26	Baldibungo	1
27	Balsas	1
28	Bellavista	5
29	Boca del Río - Ilo	9
30	Bolivia	1
31	Cabana	7
32	Cabecera de Anacayali	1
33	Cabeza Larga	16
34	Cacatilla	8
35	Cajamarca	2
36	Callejón de Huaylas	1
37	Calpilon	1
38	Canta	1
39	Capellanía San Pablo	3
40	Caraz	1
41	Casma	1
42	Ccollpa	1
43	Cerro Colorado	6

¹ Excavaciones del Proyecto Junín-Palcamayo en la Puna de Junín por Daniele Lavallée y su equipo (1974).

44	Cerro Lampay	9
45	Cerro Redondo	7
46	Sechín	4
47	Chachapoyas	2
48	Chanapata	3
49	Chanchamayo	5
50	Chavín	120
51	Chavín de Pariarca	3
52	Chazuta	42
53	Chicozapote	1
54	Chilca	1
55	Chillón	1
56	Chimbote	3
57	Chinchaypuquio	3
58	Chipaota	4
59	Chirambari	4
60	Chivateros ²	318
61	Chivay	8
62	Choquequirao	1
63	Chosica	2
64	Chuchio ³	177
65	Chuchucalla	5
66	Chukchu ⁴	48
67	Chuquibamba	1
68	Cieneguilla	15
69	Cocha - cocha	9
70	Cocopa - Cumbaza	1
71	Compishuri	3
72	Condorcocha	1
73	Costa sur	6
74	Cruz	1
75	Cuchimachay	297
76	Cuelap	2
77	Cuñumbuza	2
78	Cupisnique	11
79	Cuzco	19
80	Ecuador	9
81	El Bosque	2
82	El Codo - La Marcha - Trancas	2
83	Eliseo	4
84	Estero	1
85	Fernando - R. Mayo	1
86	Fieta	2
87	Fortaleza Campoy	18

2 Las piezas de esta colección proceden de las excavaciones realizadas por Lanning y Patterson (1963) del sitio Cerro Los Chivateros, la recolección de Hermilio Rosas LaNoire (1981), entre otras.

3 Los investigadores principales que recogieron esta colección son Lanning, Patterson, Rosas. Proceden del conjunto de especímenes arqueológicos recolectados en Chuchio - Paracas en 1956. Tercera exploración a la zona de Paracas, equipo de MNAA (Jorge C. Muelle, Cirilo Huapaya M., Humberto Roca y R. Eusebio Agama) y de la expedición de 1957.

4 Corresponde al conjunto de piezas recolectadas por Julio Espejo Nuñez en diferentes exploraciones al valle del Mantaro entre 1951 y 1961 e ingresadas al MNAA entre 1961 y 1963.

88	Guitarrero	284
89	Huaca Aramburu	1
90	Huaca de Casma	1
91	Huaca de la Campana Pampa	1
92	Huaca Inquisición	1
93	Huaca Melgarejo	29
94	Huaca Prieta	1
95	Huaca Zavala	1
96	Huaitara	2
97	Huallaga	2
98	Huamachuco	2
99	Huancavelica	72
100	Huanta	2
101	Huanuco Viejo	1
102	Huaral Raki	1
103	Huaraz	1
104	Huaycán de Cieneguilla	10
105	Huaylas	16
106	Huayurco	26
107	Huepon	3
108	Huicungo	1
109	Ica	2
110	Ilo	19
111	Cercado de Lima	2
112	Ishko Ambo	1
113	Isla de Pascua	22
114	Isla San Lorenzo	2
115	J. Guerra	7
116	Jaguay	1
117	Jajapaqui Ancara	2
118	Jalca Grande	2
119	Jauja	57
120	Jequetepeque	1
121	Jordan	6
122	Juanjui	7
123	Juares	1
124	Junín	14
125	Kallangos	5
126	Kotosh	41
127	Kuntur Wasi	88
128	Kutu Kutu	72
129	La Florida	3
130	La Galgada	76
131	La Lengua	2
132	Lachay	3
133	Laguna Sauce - San Martín	1
134	Laipachacha	1
135	Lamas	26
136	Lamista	1

137	Lauricocha ⁵	38
138	León Dormido	1
139	Llaqta Sollosqa	2
140	Llaucan	4
141	Luya	3
142	Machu Picchu	2
143	Madre de Dios	1
144	Madrid	3
145	Magdalena	3
146	Majes	1
147	Makat Tampu	5
148	Mariscal	21
149	México	3
150	Moquegua	3
151	Moxeque	1
152	Moyobamba	1
153	Nasca	86
154	Necropolis Wari Kayan - A	2
155	Nevati	1
156	Nievería	17
157	Nigeria	57
158	Nunanmarka	11
159	Ocucaje	47
160	Ollita Malena	2
161	Otuzco	383
162	Owati	4
163	Pacchapata	44
164	Pachacamac	168
165	Pachitea	184
166	Pacopampa	1
168	Paiján ⁶	266
169	Pajatén	1
170	Palpa	14
171	Pan 5-	1
172	Pan 12-51	27
173	Pan 12-52	2
174	Pan 12-53	6
175	Pan 12-55	1
176	Pan 12-56	3
177	Pan 12-57	67
178	Pan 12-58	307
179	Pan 14-107	1
180	Pampa Colorada	1
181	Pampa de los Huacos	8
182	Pan 12-53	281
183	Paracas	301
184	Pashash	19
185	Patacancha	4

5 Excavaciones de Augusto Cardich en la cueva LI - LII - LIII

6 Recogidas por los investigadores Larco Hoyle, Junius Bird y otros.

186	Patagonia	4
187	Patan Qoto	1
188	Pataz	1
189	Pensión Obando	1
190	Perene	17
191	Pichja Puquio	1
192	Pikimachay ⁷	16
193	Pisco	1
194	Pomachaca	1
195	Pongo	1
196	Porcón	1
197	Porta Soto	2
198	Porvenir	1
199	Puca Pucara	2
200	Puca Punta	82
201	Pucara	116
202	Pueblo Viejo	3
203	Puente Inca	1
204	Puno	1
205	Puquina	20
206	Pukurí ⁸	2
207	Quenqo	1
208	Quinlliu	23
209	Quishqui Punku ⁹	7184
210	Recuay	44
211	Rinconada de Ate	4
212	Río Napo	3
213	Ruinas de Coati	1
214	Rupay Pampa	1
215	Rura	1
216	Sacsaywaman	4
217	San Fernando - San Martín	2
218	San Isidro	1
219	San Martín	401
220	San Miguel - Cajamarca	1
221	San Miguel - Lima	1
222	Santa Clara	1
223	Santa Isabel	1
224	Santa Rosa	1
225	Satipo	2
226	Sauce San Martín	5
227	Sayhuite	1
228	Selva	1
229	Sharapaja	1
230	Shilcayo	1
231	Shushunya	246
232	Shujo	3

7 Recolectadas por Richard MacNeish.

8 Piezas donadas al museo por el Sr. Víctor Chuquimbalqui Rojas, yerno de Tello, el 9 de mayo del 2014, según el informe N° 68-2014-ARMC-MNAAHP/MC.

9 Recolectadas por Thomas Lynch.

233	Shutuy Marka	11
234	Sierra Central	1
235	Sillustani	4
236	Sin Sin - Tocache	1
237	Soysongo	1
238	Supe	2
239	T. Ponaza - Picota	1
240	T. A.	2
241	Tambo Machay	2
242	Tanta Orqo Wari	2
243	Tanta Marca	6
244	Tantamayo	54
245	Taptapan	18
246	Tarapoto	13
247	Tarmatambo	2
248	Teatino	2
249	Telarmachay	3578
250	Titijones	631
251	Toma Luz	5
252	Toquepala	965
253	Morro Solar	1
254	Tunan Marka	20
255	Tupe	2
256	Ucayali	47
257	Ushco	10
258	Utco	12
259	Valle de Viri y Chicama	1
260	Vicus	12
261	Viscachani	19
262	Waiwaka	1
263	Wakaurara	3
264	Wari	27
265	Wiracocha Perga	3
266	Yakapampa	1
267	Yarina	2
268	Yaino	1
269	Yulaj Jaja	5
270	Yuracmayo	2
271	Piezas sin determinar procedencia	2633
	Total	22276

